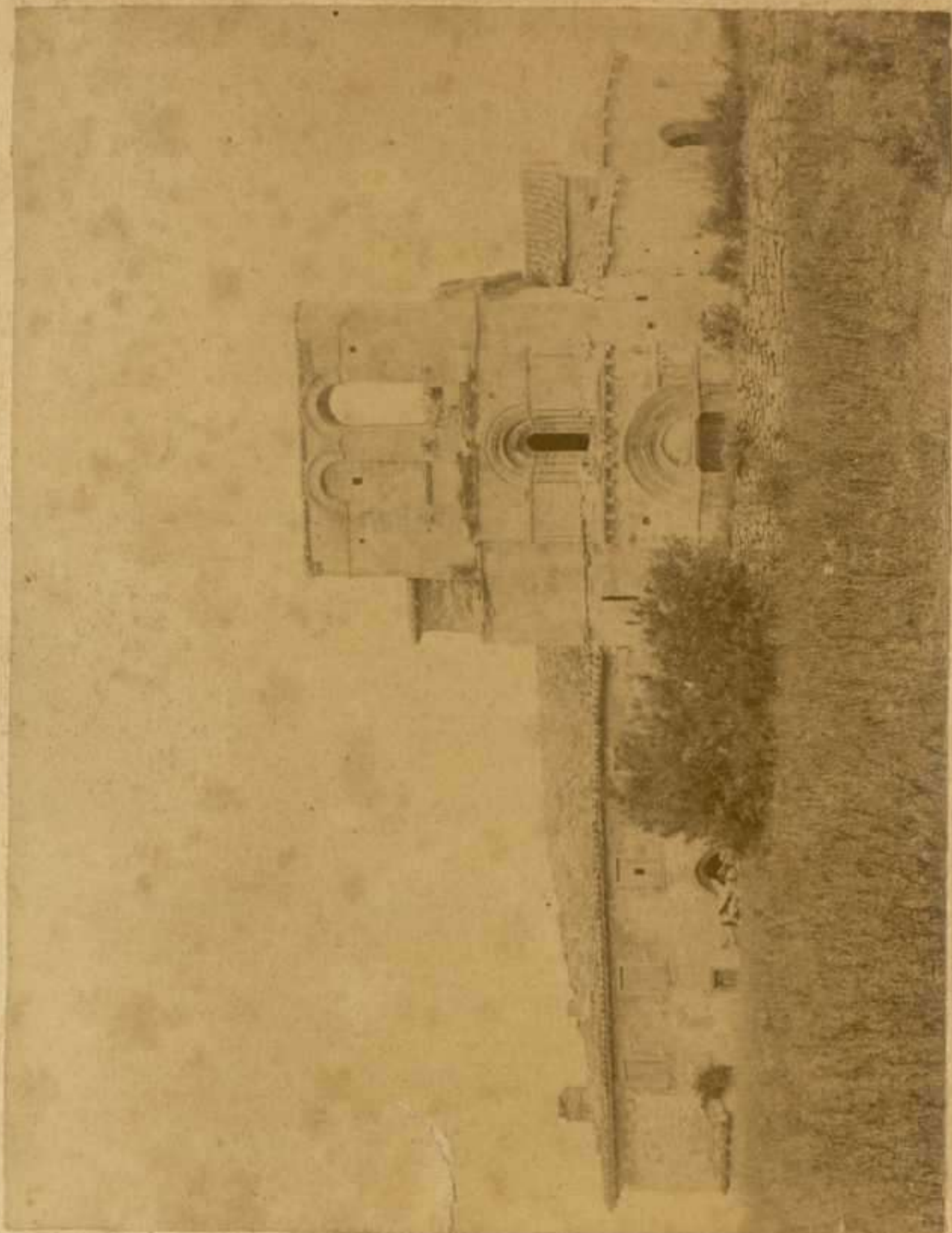




A.T.A

693

[Faint, illegible handwriting]



LA BASÍLICA DE N.^{TRA} S.^{RA} DE ESTÍBALIZ.

N. 7243

N. 7248

N. 7253.

M-7248

R-3190

A.T.A
593

VIDA Y OBRAS

DEL ESCULTOR ALAVÉS

DON MAURICIO VALDIVIELSO

(El Santero de Payueta)

POR

DON MOISÉS DIAZ DE ARCAUTE

Trabajo premiado

en los Juegos Florales celebrados por el Ateneo Científico, Artístico y Literario, en la Ciudad de Vitoria, el día 8 de Agosto de 1899

CON UN PRÓLOGO DE

DON EPIFANIO DIAZ DE ARCAUTE

Y UN

POST SCRIPTUM

DE

DON EULOGIO SERDÁN Y AGUIRREGAVIDIA

Catedrático, Vice-Director del Instituto de Cuenca

LEMA:

«La escultura alavesa en el siglo XIX.»

VITORIA

Imprenta de los Hijos de Urbe

1899

Handwritten signature or initials, possibly "J. M. B.", in cursive script.

Large, stylized handwritten flourish or signature, possibly "L. B.", in cursive script.

Al Ilmo. Señor

Don Marcelo Perzún y Elizagárate

Comendador de la Real y distinguida Orden de Isabel la Católica



YO del más modesto de los industriales de esta Ciudad, siempre recuerdo, con cariño, que tu honrado y laborioso padre (q. g. h.), distinguió mucho al mío á través de su larga y ejemplar existencia.

Amigos de la infancia, tú y yo, siguiendo la hermosa y bendita tradición de nuestros antecesores, bifurcamos en nuestros derroteros: á costa de sinsabores y fatigas, logré terminar una carrera literaria y alcanzar un puesto que honra, en demasía, á las aspiraciones que pude imaginar; tú, adornado con la práctica de la instrucción y de la cultura general, continuaste, con éxito brillante, el desarrollo de la útil y productiva industria que te legaron tus padres, acrecentándola con tu experta inteligencia y singulares aptitudes.

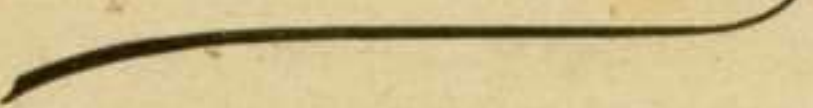
Desembarazado, ahora, en el apogeo de tu vida, del continuo batallar del cerebro; libre del tráfago burocrático y comercial, y consagrado á labrar la felicidad de tu cariñosa y distinguida compañera y de tus queridos hijos, concédeme dos segundos de atención: me son precisos.

En colaboración con los más caros individuos de mi familia, acabo de escribir un folleto: trátase en él, del primero y más genial de los artistas de Álava en la presente centuria, y deseo, que junto al nombre eximio del escultor Don Mauricio Damián Valdivielso, figure tu honroso apellido como el de uno de los más esclarecidos industriales vitorianos.

Permíteme esta libertad, que sonroja tu proverbial modestia, y no olvides, jamás, que esta dedicatoria sirve para afianzar la inquebrantable y sincera amistad que te profesa

TU BUEN AMIGO,

Eulogio Serdán





DICTÁMEN

EMITIDO POR LOS SEÑORES JURADOS ENCARGADOS
DE LA CALIFICACIÓN DE ESTE TRABAJO

TEMA NÚMERO XIII

Lema: La escultura alavesa en el siglo XIX.

HONRADOS, los que suscriben, con el cargo de informar respecto á los trabajos presentados, aspirando á obtener el premio que, con excelente acuerdo, se ha dignado conceder el Sr. D. Federico Baráibar y Zumárraga para la mejor composición teniendo por objeto el desenvolvimiento del tema referido, enterados detenidamente del único escrito entregado, pasan á dar cuenta brevemente del resultado del estudio que han tenido el gusto de hacer sobre tan interesante materia.

Empieza el ilustrado autor del escrito, que nos proponemos examinar, por condolerse justamente de la escasez de datos que existen acerca del laborioso escultor Alavés, el cual no ha tenido hasta ahora la suerte de que ningún panegirista se ocupe de su vida ni de sus obras, siendo de aquellos que pertenecen al grupo «de nuestros eminentes héroes que apenas han dejado memoria de su nombre» no figurando por el contrario entre el número de «los felices á quienes la suerte ha dispensado la aplicación de algún curioso en el apuntamiento de sus vidas ó las de algún escritor que las perpetúe en las prensas» según hace constar, copiándolo de una obra del Sr. D. Antonio Palomino de Castro, el autor de este trabajo; se queja también éste,

con razón, de carecer de fuente de conocimiento en que pueda apoyarse tanto respecto á la vida de su biografiado, como á sus obras, que, añade, hoy admiramos por su indiscutible mérito. A evitar esta sensible falta de noticias se encamina el escrito á que aludimos y ciertamente que su bien intencionado autor imprime brillante impulso á los estudios, que más tarde pudieran emprenderse sobre el Santero de Payueta, tomando vigorosa iniciativa en tan plausible camino y dando meritorio ejemplo al poner en planta el consejo que recomienda de que «hombre tan inteligente y laborioso como el Sr. Valdivielso, y al propio tiempo obscuro y modesto debe sacarse de la obscuridad y vergonzoso olvido» y de aquí su deseo de proclamar las excelencias de tan notable hijo del trabajo.

Tan espesas nieblas ocultan la vida y hechos del Santero de Payueta que incluso el día de su nacimiento se ignora, sabiéndose solo, que fué bautizado en Payueta, Ayuntamiento de Peñacerrada de esta Provincia, el 23 de Septiembre de 1767, agregando la partida eclesiástica que nació el 22 del mismo mes (poco más ó menos). Como su padre fué alfarero parece *verosímil* dice su biógrafo que dedicase á su hijo á la misma industria profesando ese modesto arte por la práctica sin que el dibujo ni otros medios educativos y valiosos auxiliares le fueran conocidos. Puede creerse abarcó más adelante una esfera más delicada llegando á construir muebles, imágenes que le dieron ese nombre de «El Santero.» Con objeto de perfeccionarse fué á Madrid no sin antes dedicarse con el hacha, la sierra y la navaja á desbastar los añosos troncos y á pulimentar sus primeras obras.

A últimos del siglo pasado, ó principios del actual, se supone debió regresar á Vitoria el Sr. Valdivielso, estableciéndose en la calle de la Pintorería, en donde permaneció, hasta su muerte ocurrida del 30 al 35, según generalmente se cree, pues tampoco ha podido encontrarse su acta de defunción en las Párroquias de esta Ciudad. Cuéntanos el celoso aunque no siempre afortunado investigador de la vida y hechos del escultor Alavés, que fué éste sencillo y modesto en el vestir, y tal vez algún tanto desaseado y poco cuidadoso de su personalidad, y

que, en mangas de camisa, con la chaqueta al hombro, con calzón corto, ancha faja, sus alpargatas y su pañuelo en la cabeza, discurría por calles y plazas de la Población; que su carácter era brusco, sin dejar de ser amable con todo el mundo, siendo grande su amor al trabajo y no menor su modestia que quizá llegaba á la exageración.

Opina el autor de «La escultura Alavesa en el siglo XIX,» que tal vez influyera en el género á que se dedicó su educación cristiana, sus arraigadas creencias y la lectura de obras de insignes maestros, adoptando la estatuaria religiosa en la que solo brillan las verdaderas eminencias. Constituían su especialidad las Virgenes y los Santos, los Ángeles y Cristos, los tronos y glorias celestes, «destacándose, dice el escrito que analizamos, las imágenes del Crucificado por su sobria y delicada factura, por su admirable regularidad y proporción y por una armonía inimitable.»

Se indica igualmente que fueron los asociados de Valdivielso, Benigno Moraza y Matías Torres, maestro el primero de dibujo, tallista, armador ó preparador y hábil pintor el segundo, constituyendo los tres, un triunvirato de artistas que, á través de su vida oscura é ignorada, han dejado en Álava, principalmente, obras de un mérito relevante que suscribirían gustosos los más clásicos artistas de la España del siglo XVI.

Entre sus obras principales, cita su biógrafo, las sillerías de coro de Santa Cruz de Campezo y Peñacerrada y sobre todo la restauración de la de Santo Domingo de la Calzada, de la que hace grandes elogios, indica asimismo los Cristos de Alfaro y del altar mayor de la Capilla de los Pasos de San Vicente de esta Ciudad, y en nuestra Catedral un templete del orden compuesto destinado á altar mayor con su esbelta y bien modelada cúpula y precediendo al templete un bajo relieve magnífico con una hermosa escultura representando á la Madre de Dios, de bellísimo semblante y en actitud de subir á los cielos, rodeada por todas partes de muchedumbre de ángeles, simbolismo bien estudiado y mejor interpretado por la admirable factura del conjunto.

En la Parroquia de Santa María existen de Valdivielso, los

altares de las Animas y de la Dolorosa y las estatuas de San Judas Tadeo y de Fernando III el Santo, de cuyas importantes obras escultóricas hace cumplido elogio y artística relación el opúsculo que nos ocupa. No menos recomendable es la descripción del Cristo del citado altar de la Dolorosa del que dice, es un Cristo espirante, de escasa longitud, en cuyos nimios detalles anatómicos descúbrese un estudio acabado y completo, espresando su augusta faz los solemnes momentos de una agonia tan tranquila como dolorosa.

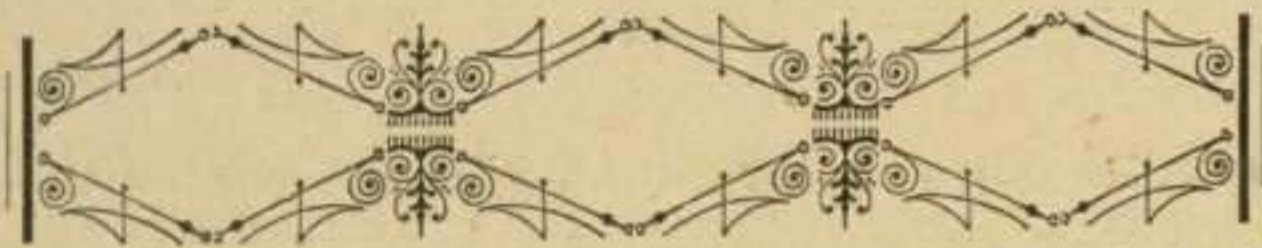
En la Parroquia de San Miguel cita únicamente la imagen de San José, trasladada de la Colegiata. En la Parroquia de San Pedro menciona las esculturas de San Isidro Labrador y Santa Maria de la Cabeza, atribuyendo mayor valor á la primera, si bien en la segunda ensalza calurosamente los ocho angelitos que adornan los ángulos de sus andas.

Como conclusión excita el autor de este trabajo, el celo de los eruditos y aficionados á fin de completar la biografía de tan distinguido artista y el bosquejo de sus obras, calificando modestamente su obra de incompleta é incorrecta; no cometeremos nosotros esta injusticia, toda vez que si la biografía del escultor Alavés no resulta acabada y perfecta, debido es á la carencia de datos y al escaso tiempo de que ha podido disponerse, lo que no impide que el escrito constituya un trabajo altamente apreciable, valorado por su estilo castizo, ameno y correcto, con descripciones artísticas que revelan la ilustración y competencia de su autor y que, en suma, requieren en opinión de los firmantes, que le sea adjudicado el premio que el Sr. Baráibar se ha dignado otorgar. El Jurado, sin embargo, resolverá con sus mayores luces lo que juzgue más procedente y acertado.

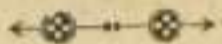
Vitoria 28 de Julio de 1899.

E. Velasco.

José María Zavala.



PRÓLOGO



Es indudable que ha sido una excelente idea la de exhumar la memoria de don Mauricio Valdivielso, artista, el más genial, sin duda, y el de mayor mérito que ha producido Álava en esta centuria que termina.

Grata satisfacción experimentamos, cuantos, dedicados al arte,—aunque sea en esfera modestísima,—vemos resurgir de las tinieblas de un olvido inconcebible, la desdibujada silueta del habilidoso *Santero de Payueta*, acreedor, por sus incomparables obras, á que sus conciudadanos le reserven un puesto de honor en el número de sus placenteras remembranzas; y, muy especial es la que á mí me embarga, por haber ayudado á mi querido hijo, con los recuerdos de familia y mis escasos conocimientos artísticos, á hilvanar, en ligerísimo bosquejo, unos apuntes que, si bien son incompletos y medianamente zurcidos, han de servir de base, con el tiempo, á trabajos de mayores aspiraciones para conocer, con más exactitud, la vida de un artista que

acredita con el relevante mérito de sus esculturas y bajo relieves ser digno de figurar á la cabeza de los más ilustres alaveses que, en el cultivo de las Bellas Artes, han florecido en el siglo actual.

Pocos son los nombres de los artistas vitorianos, á partir, del triunvirato que formaron Valdivielso, Moraza y Torres, y, es seguro, que ninguno les aventajó en talento: mas, una coincidencia, apreciada de muchos—aunque no conocida de todos—pone la pluma en mis inexpertas manos, deseoso de consignar aquí un tributo de cariño, tan sincero como entusiasta, al centro educativo que, hace años, utiliza mis modestos é insignificantes servicios, ya que á él se deban, en gran parte, las manifestaciones artísticas de la cultura vitoriana.

La antigua Academia de Bellas Artes debió servir de apretado lazo de unión al insigne escultor Valdivielso, al habil arquitecto y profesor D. Benigno Moraza y al laborioso pintor don Matías de Torre. Juntos trabajaron: juntos supieron dar unidad y armonía al conjunto de sus obras, y los destellos de su imaginación, subordinándose á las exigencias del buen gusto y respondiendo á la preceptiva de lo bello, dotaron á sus producciones de una realidad y de una expresión que son características de cuanto apellidamos notable.

Valdivielso, por derecho propio, conquistó con sus esculturas, lugar preferente entre sus

colaboradores; Moraza, planeando y dirigiendo el edificio que sirvió de Academia de Dibujo, se acreditó de inteligente arquitecto, consolidando su reputación en su calidad de profesor de dibujo lineal, y D. Matías de Torre, contribuyendo con su elegante pincel á dar vida y colorido á las obras de uno y otro, á la par que difundió, en dicha Academia, los primores del dibujo de figura, se completaron, estableciendo una íntima y fraternal asociación cuyos provechosos frutos cosecharon aventajados discípulos de aquellos artistas, que, ejerciendo, más tarde, el cargo de profesores, en la citada Academia de Bellas Artes, continuaron, no con éxito tan brillante, pero sí con acentuada vocación, las secuelas tradicionales de sus expertos directores.

Lejos de nosotros el afirmar que constituyeron escuela, pero, es indudable, que cada cual en su profesión influyó bastante en el gusto de sus admiradores, ya que éstos procuraron perfeccionar la modelación de sus obras inspirándose en los modelos pictóricos y escultóricos que salieron de tan acreditadas manos, no siendo extraño que, si bien bastardeada, quedaran, entre los artistas vitorianos, efluvios de la inspiración de tan sobresalientes maestros.

Respondan, por nosotros, D. *Juan Angel Sáez*, (1839—1873), (1) aventajado discípulo de la Academia de San Fernando, en Madrid, atildado

(1) Épocas en que desempeñaron el cargo de Profesores de la Academia de Bellas Artes.

profesor de figura y pintor de regulares vuelos que dejó, entre otras obras, el cuadro que representa á Alfonso XI, en el momento de jurar la conservación de nuestros fueros, á raíz de la voluntaria entrega de Álava á la Corona de Castilla. Lienzo de pocas pretensiones, es cierto, pero que revela en la factura del conjunto, en la disposición de los personajes y en la corrección del dibujo, el meditado estudio que hizo de tan importante suceso histórico á fin de complacer á la Excm. Diputación de Álava que se lo encargó, y conserva en la actualidad, en una de sus más elegantes dependencias.

El monumento del Hospicio, pintado al temple, en donde lucen detalles de perspectiva, obras, también, de D. Angel Sáez, hecha en colaboración con D. Juan Díaz de Arcaute, y lo son, asimismo, regular número de retratos de individuos de su familia, y de otros, entre los que debe mencionarse el que hizo del simpático y malogrado poeta vitoriano, D. Obdulio Perea.

El catafalco de la Iglesia Parroquial de San Pedro, diseño del hoy distinguido é ilustrado arquitecto D. Julio Saracibar, fué su última obra que terminó el que escribe estas líneas, y que, con gusto, aprovecha la ocasión de tributar un homenaje de respeto y de consideración al primero y más querido de sus maestros.

D. *Carlos Imbert* (1843—1870), profesor de adorno y talla en dicha Academia, fué autor de las delicadas esculturas, en yeso, que figuran en

la suntuosa Sala de Sesiones de la Diputación, y de las estatuas de D. Prudencio María de Verástegui y del victorioso general D. Miguel Ricardo de Álava, talladas en piedra, que aparecen en los laterales de dicho palacio. Los escudos de todas las Hermandades de Álava, colocados sobre los guarda polvos de los balcones del piso bajo, y el ático que remata la puerta de entrada al vestíbulo del salón de Juntas, así como las balaustradas que limitan el lugar que ocupan en la escalinata las dos elegantes farolas allí colocadas, construcciones son de tan laborioso maestro.

D. *Marcos Ordozgoiti*, (1856—1865), profesor de talla, siguiendo las huellas de sus antecesores, hizo la sillería del salón de Juntas de la Diputación, aprovechando los paneles de aquella para dar rienda suelta á su imaginación, y esculpir, en ellos, hechos alegóricos de nuestra historia provincial, siendo suyos, también, los leones que sirven de apoyo y dan acceso al citado salón de Juntas.

D. *Ruperto Alegría*, (1865—1878), profesor, también, de adorno y talla, fué honrado por la Excelentísima Diputación encargándole los dos grandes leones que figuraron largos años en dicho edificio, en los costados del primer tramo de la escalinata, y que sustituidos, después, por dos artísticas farolas, se hallan hoy, casi desmoronados, en la entrada de nuestra acreditada Granja Modelo.

D. *Emilio Soubrier*, (1873—1881), profesor de figura y notable pintor y dibujante, distinguióse mucho, durante su permanencia en Vitoria, por los buenos retratos que hizo en los que hoy se admira la irreprochable exactitud del parecido y la exquisitez del dibujo.

D. *Prudencio Villaóz*, (1878—1884), fué otro maestro de talla, tan modesto como distinguido, hijo de un apreciable artista, casi contemporáneo de Valdivielso. Dejó este estimable profesor, en este cargo y aun como aprovechado discípulo de la Academia, relieves, en yeso, que demuestran la finura de su delicado gusto, siendo obra suya el magnífico escudo de armas que, en el panteón de la respetable familia de D. Francisco Juan de Ayala, se ostenta en el Cementerio de esta Ciudad. La restauración de las basas, capiteles y hornacinas y quizá de algunas esculturas que se encuentran en el pórtico de la Catedral (entrando, á la derecha), acreditan el mérito de este estudioso profesor y querido compañero á quien recuerdo con cariño y efusión.

D. *Angel Iturralde*, (1884—1889), sucesor de Villaóz, en la Academia, cumplió su cometido á satisfacción de la Junta Directiva, y es autor del altar gótico de la Virgen, que se halla en el Convento de las Brígidas, habiendo construído, en 1865, y en colaboración con su hermano D. Nemesio, la Caja del órgano de la Catedral, obra, también, de fino y puro estilo gótico, como lo son el altar de la Comunión de la Parroquia de

San Pedro y el que, por encargo de la Excelentísima Diputación, hicieron con destino á la ermita histórico-foral de San Juan de Arriaga, en cuyas construcciones demostró su amor al estudio y á la profesión á que se dedicó toda la vida.

Y al lado de estos apreciables artistas, educados, todos, en la acreditada Academia de Bellas Artes, que, antes de rendir tributo á la Parca sellaron con su talento obras no despreciables y de relativo mérito, complácenos hacer extensivo este recuerdo póstumo á los ilustres profesores de Dibujo lineal, arquitectos municipales, que, con su ciencia y su ilustración, aparecen dignos sostenedores de las inmarcesibles huellas que supo trazarles el genio del eximio y nunca bien ponderado Olaguibel, autor de obras que son orgullo de los vitorianos y asombro de los forasteros.

Mencionaré, entre otros, á D. *Martin Saracibar*, (1830—1855), D. *Francisco de Paula Hueto* (1861—1887), y D. *Jacinto Arregui*, autores, el primero, del piso principal de nuestro palacio provincial y de la severa y elegante Carcel Modelo, primera del sistema celular construida en España; y al Sr. Arregui, que transformó el antiguo edificio de la Academia de Bellas Artes en el esbelto y bien acondicionado en que hoy se encuentra la actual Escuela de Artes y Oficios, adquiriendo mayor crédito y nombradía en la construcción del sólido y artístico «Depósito de aguas» justamente aplaudido de propios y extraños.

La obligación que los arquitectos municipales tenían de asistir á la Academia, en calidad de profesores de dibujo lineal, cesó desde los tiempos del Sr. Arregui, y anunciada dicha plaza á oposición, fué agraciado el aventajado joven don Felipe Unzalu, fallecido, poco después, y sin tiempo para desplegar sus singulares aptitudes.

Lejos de mí, al bosquejar esta reseña, la pretensión de hacer parte de la historia de la actual Escuela de Artes y Oficios: misión es esta, de suyo difícil, que, cuando llegue el caso, ha de exponerse magistralmente por personas idóneas y muy entendidas: mi propósito, de suyo modestísimo, se reduce á dar sencilla noticia de algunas obras hechas por artistas vitorianos que, á tal cualidad, reunieron la de profesores de la antigua Academia de Dibujo, y convencido de las dificultades que ofrece el rebuscar hoy datos relativos á la vida y obras de Valdivielso, Moraza y Torre, dignos de ser estudiados en su ingénito consorcio y en la perfección sobresaliente que se observa en cuanto produjeron, dejo aquí consignados, para que otros los utilicen, recuerdos de mi juventud, para mí de estima inapreciable, ya que á ellos van íntimamente unidos la memoria de mis antepasados y la entonces arraigada vocación de mis aficiones artísticas.

Epifanio Díaz de Arcaute



TRABAJO PREMIADO

Vida y obras del escultor alavés don Mauricio Valdivielso

(EL SANTERO DE PAYUETA)

«Pretendemos delinear en la descripción de sus vidas las efigies de los eminentes ingenios españoles, que en las artes del dibuxo se aventajaron, y ascendieron á la cumbre de la inmortalidad por alguna de las veredas que felizmente les conducen á lograr el merecido premio de sus deliciosos afanes, para que su exemplo y memoria sirvan de estímulo á los que siguen sus huellas.»

(Don Antonio Palomino de Castro y Velasco).

I

Cuando se necesita conocer las circunstancias de la vida de un personage cualquiera, notable por alguna de las manifestaciones de su inteligencia, acúdese á las biografias que del mismo se hayan publicado. Si estos documentos, por su brevedad y sencillez, no responden cumplidamente á los rasgos, caracteres y detalles que, presumimos, fueran ornato del personage en

cuestión, no hay más remedio que acudir á los Dictionarios biográficos ó á las Enciclopedias con objeto de cotejar y armonizar datos de aquí y de acullá, cuya resultante sea el parecido más exacto, que apetecer pueda, el logro de nuestras investigaciones.

En esta forma se han ordenado las biografías de los sabios y de los artistas, y, sabido es, que muchos de estos estudios son susceptibles de mayor perfección y pulimento á medida que el tiempo avanza y la perseverancia de los eruditos, ó la casualidad, descubren nuevos tesoros capaces, por su importancia, de completar la historia particular del individuo que nos interesa. Además, la vida de los hombres que han sobresalido, ya en la esfera religiosa ó militar, ya en la científica, artística ó literaria, no suele estar exenta de aventuras y hasta de dramas, dramas y aventuras, objeto de peculiares comentarios dentro de la localidad en que se ejercita su actividad, y que, sus conterráneos, interpretan en razón directa de su educación.

Esto es lo elemental al pretender escribir la vida de un Santo, de un príncipe, de un general valeroso, ó de un artista, pero, dice muy bien el insigne biógrafo de las glorias artísticas de España, Sr. Palomino: «Empresa es verdaderamente difícil retroceder en la veloz carrera de los siglos, investigando las huellas que dexó, sino del todo borradas, desconocidas la repetición de los sucesos. Por esto algunos de nuestros emi-

nentes héroes apenas han dexado la memoria de su nombre desfigurados ya los vestigios que los constituyeron inmortales: otros han sido mas felices, no tanto por mas conspicuos quanto por mas afortunados, habiéndoles dispensado la suerte la aplicación de algún curioso en el apuntamiento de sus vidas, ó la de algún escritor que las perpetuase en las prensas.»

Curiosas é importantes palabras que convienen, á nuestro modesto trabajo, como anillo al dedo. No pudo hablarnos el Sr. Palomino, en su notabilísima obra, *Las vidas de los pintores y estatuarios eminentes españoles que con sus heróicas obras han ilustrado la Nación*, del modesto é ingenioso escultor alavés, D. Mauricio Valdivielso, porque, al imprimirse la obra del Sr. Palomino, en Madrid, en el año 1796, Valdivielso no pasaba de ser un muchacho aventajado, sí, pero un insignificante aprendiz, apenas conocido de sus contemporaneos de Payueta y de Peñacerrada, donde, para esa fecha, á lo sumo si llegaron á concederle el sobrenombre de *Santero*, con que más tarde se le conoció en la capital alavesa y en algunas villas de las provincias comarcanas. Y, obscurecido y eclipsado su nombre, en la obra citada, que, á guisa de arsenal, ha servido para la publicación de los modernos Diccionarios biográficos, no es extraño que este desconocido artista pertenezca al grupo «de nuestros eminentes héroes que apenas han dexado memoria de su nombre,» aunque para sonrojo

de ilustres escritores, queden, en el día, más que vestigios, obras completas, en cuya artística belleza se descubre la mano de un ignorado génio.

Estamos, pues, ayunos de toda clase de noticias para emprender, con mediano éxito, la biografía de D. Mauricio Valdivielso. Carecemos de fuentes de conocimiento; ningún curioso se ha detenido en el *apuntamiento de su vida*, ningún escritor ha perpetuado en la prensa, ni su historia ni el indiscutible mérito de sus obras que hoy admiramos.

La calidad de nuestro biografiado escapa á las generales exigencias de la preceptiva literaria. No se trata de un San Agustín ó de un Napoleón; no son Sócrates, Apeles ó Herodoto, los personajes que van á ocuparnos; es la vida de un hombre tan inteligente y laborioso como obscuro y modesto, la que pone la pluma en nuestras manos, vida á la que no es posible exornar con las sublimes galas de lo maravilloso, aplicadas frecuentemente en la antigüedad, á los héroes mitológicos y á los personajes eminentes, porque el nuestro es de ayer, casi contemporáneo, y no alcanza, á pesar de su elevado nivel artístico, la talla de esas grandes ilustraciones que hacen época en el mundo de las ciencias y de las artes.

Pero, algo importante hay en él, algo debe inquirirse respecto de su personalidad, cuando personas cultas y de notorio saber, impulsadas por nobles aficiones artísticas, acuden al certa-

men literario que organiza el antiguo y acreditado Ateneo Vitoriano, ofreciendo, sin duda como estímulo, un objeto de arte al mejor trabajo que se ocupe del tema que sirve de encabezado á estos renglones.

Es innegable, por otra parte, que siendo Álava cuna de varones ilustres que en las ciencias, en las artes y en las armas, han ilustrado con portentosos hechos regular número de páginas de nuestra historia nacional, haya otro estímulo mayor, que consista en sacar de la obscuridad y de vergonzoso olvido á ilustres apellidos próximos á desaparecer por la influencia que la desidia y aun la ignorancia ejercen en los mismos pueblos que blasonan de ilustrados, y esta consideración sacude nuestra proverbial pereza, deseosos de aportar á este hermoso palenque literario, un modesto grano de arena que sirva, junto á los luminosos trabajos de aventajados escritores, para proclamar, en público, las excelencias de un notable hijo del trabajo, cuyo nacimiento y cuya muerte aparecen velados por densas y tupidas nieblas que todos los alaveses están obligados á desvanecer, á fin de que el sol de las glorias artísticas luzca, en todo su esplendor, en esta pobre y envidiada provincia.

II

¿Quién fué D. Mauricio Valdivielso? Cuáles su vida y sus obras? ¿qué influencia ejerció en el

cultivo de su arte predilecto, y cuál pudo recibir de los centros artísticos y educativos con que estuvo en inmediato contacto?

Vamos á contestar á tales preguntas utilizando, en principio, el más extraño y verídico testimonio, de respetable persona á quien nos dirigimos pidiéndole algunos datos del que siempre creimos famoso Santero de Payueta.

Dice así nuestro amigo: «En Peñacerrada ni en Payueta no existe persona alguna, á pesar de sus avanzadas edades, que haya conocido ni oído hablar de tal personage.»

A punto estuvimos de dar por terminados nuestros propósitos al leer tan rotundas palabras, mas, el afán de contribuir á ilustrar, en poco ó en mucho, la biografía de un artista tan genial como Valdivielso, hízonos perseverar en nuestras intenciones, pudiendo ofrecer á la notoria ilustración y competencia del Jurado calificador, después de curiosas investigaciones, los datos que, en forma biográfica, trascribimos á continuación:

Mauricio Baldivielso, hijo legítimo de Gregorio Baldivielso y de Manuela López Escudero, naturales de Oña y Rojas, respectivamente, fué bautizado en la pila de la Iglesia de Payueta el 23 de Septiembre de 1767, y debió nacer el 22 del mismo mes, (poco más ó menos), según afirma su partida de bautismo.

Esta incertidumbre acerca del día y hora de su nacimiento, la explica el presbítero D. Ramón

Domínguez Fuente, actual Cura ecónomo de la Parroquia de San Juan Bautista del pueblo de Payueta, en la forma siguiente:—«Certifico: que »en el libro de bautizados mandado formar por el »Tribunal eclesiástico de esta Diócesis, (por haber sido quemados los que había en el año de »mil ochocientos treinta y siete por las tropas de »doña Isabel II), al folio veinte hay una partida »del tenor siguiente: En el lugar de Payueta á »veintitres de Setiembre del año de mil setecientos sesenta y siete, fué bautizado Mauricio Baldivielso, que nació el veintidos del mismo (poco mas ó menos): hijo legítimo de Gregorio Baldivielso y Manuela López Escudero: naturales »Gregorio, de Oña y Manuela, de Rojas: Abuelos »paternos se hallaran en Oña; y maternos en »Rojas. Es lo que se ha podido averiguar y de »orden del Tribunal Eclesiástico lo firmó el cura juntamente con los comisionados hoy día »veinte de Mayo de mil ochocientos cuarenta y »tres. D. Romualdo Ramírez.»—Josef Fernández Arvina.»—Marcelino Ramírez.»

»La precedente partida es copia fiel del original á que en caso necesario me remito. Para que »conste firmo y sello la presente, etc, etc.» Sigue la firma y un sello en tinta negra borroso é ilegible.

No deja de ser original el comienzo de la vida del insigne escultor alavés, llena en su trascurso, de vacíos y ambigüedades, que impiden seguirle paso á paso, y conocer al detalle el lugar

de su permanencia y la época en que confeccionó sus mejores y más artísticas obras. No es de extrañar, por tanto, que lo dudoso, lo probable y lo cierto, intervengan en el bosquejo biográfico que hacemos, si bien hemos de advertir, que, depurado todo aquello que tiene visos de verosimilitud, será lo único que figure en este escrito, rechazando como falso y erróneo no poco de lo que ha llegado á nuestros oídos.

Parece probable que el padre de Mauricio, alfarero de oficio, como lo eran otros vecinos de Payueta, en el último tercio del siglo anterior, dedicó á su hijo á tal industria, en el momento que alboreaba su adolescencia, y modelando pucheros y jarras y quizá obras de algún empuje mayor, llegara á perfeccionarse en ese modesto arte, á fuerza de práctica, sin que el dibujo ni otros medios educativos y valiosos auxiliares le fueran conocidos. Si esa industria alfarera (desconocida en Payueta hace muchos años), abarcó una esfera más delicada llegando hasta la construcción de sencillas imágenes, puede creerse que, ó por encargo de sus padres, ó por propia iniciativa, buscando compradores á sus obras, recorriera los pueblos limítrofes de Treviño y la Rioja, ofreciendo sus imágenes y hermosos ángeles, y recibiendo, por efecto del tráfico á que se dedicaba y por el arte que ejercía, el sobrenombre de *El Santero*, con que se le conoció en el resto de sus días.

Mas, es lo cierto, que si tal sucedió, estas pri-

meras obras no sirvieron de pedestal á su futura fama.

Dícese,—y no tenemos más remedio que sondear el campo de las probabilidades,—que, aguijoneado por un estímulo secreto, y complacido por la satisfacción que le producían sus obras, simultaneó los trabajos de escultura con los de modelado en barro, y utilizando el hacha, la sierra y la navaja, sirvióse de las dos primeras herramientas para desbastar los añosos troncos del monte contiguo á Payueta, empezando, después, con la navaja, la molesta y ruda operación del pulimento y de los detalles que, enamorando al propio escultor, hiciéronle olvidar de la paciencia empleada en la terminación de sus trabajos, compensándole, en sus artísticas y largas tareas, el placer inmenso de contemplar al objeto bello salido de sus ásperas y nervudas manos.

Y corrobora tal opinión, la anécdota que hemos oído á un artista vitoriano, hijo de otro que trató con familiaridad suma al discreto y aun brusco Valdivielso. Contaba aquel artista—cuyo nombre haremos público en su día, (1)—que Valdivielso, abandonando á Payueta á la edad de poco más de veinte años, atraído por el renombre de Madrid, de los grandes artistas y por su insaciable deseo de aprender, llegó á la corte presentándose en un afamado taller de escultura y demandando trabajo.—¿Qué sabe V. hacer? le preguntaron.—¿Tiene V. alguna obra suya?—

(1) Don Tiburcio Díaz de Arcaute.

Tengo esto, contestó Valdivielso, enseñándoles una maceta de carpintero.—Y esto ¿qué mérito tiene?—Éste, contestó Mauricio, dando un golpe con la maceta sobre un banco, y haciendo que se separaran todas las primorosas piezas de que se componía, en cada una de las cuales aparecieron maravillosamente esculpidas las diferentes y patéticas escenas del Vía-Crucis. Asombrados quedaron los maestros y operarios de aquel taller, en donde permaneció Valdivielso algunos años perfeccionando mucho su irreprochable gusto artístico y su educación estética.

Atraído, sin embargo, por la nostalgia de la tierra, Mauricio Valdivielso debió regresar á su país, á últimos del siglo anterior ó principios del actual, estableciéndose en Vitoria, en la calle de la Pintorería y en la tercera vecindad, en donde abrió su taller que no había de abandonar hasta su muerte, á no ser para colocar sus obras en los lugares de su destino, ó para restaurar otras que le encomendaron, según indicaremos en el curso de estos ligeros apuntes.

Estas restauraciones, que motivaron prolongadas ausencias, debieron alejarle de Vitoria por los años de 1818, en que los artistas é industriales de más viso, en la Ciudad de Vitoria, solicitaron de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, la reinstalación de la Academia de Dibujo, que desde tal fecha viene prestando útiles y beneficiosos servicios á la cultura vitoriana. En dicha Academia se conservan, como testimonio de

gratitud, los nombres de aquellos honrados y dignos industriales, sin que hayamos tenido el gusto de leer el de Mauricio Valdivielso.

Y, ¿es posible que no se contara con el concurso del más genial artista vitoriano para hacer la petición citada? ¿Puede admitirse que Valdivielso (del que fundadamente se cree que asistió á la Academia, en calidad de Profesor), no se adheriría á lo que tan noblemente solicitaban sus amigos y paisanos? Indudablemente estuvo ausente en dicha época, y ocupado en restauraciones ó en la colocación de alguna de sus obras.

Como rasgos que hacen referencia á su indumentaria, á su caracter, trato social y á su actividad y gusto, tenemos detalles ciertos y evidentes, testimoniados por personas serias que le trataron y que transmitieron á sus hijos y deudos, de los cuales las hemos oído y que, con grata satisfacción, trasladamos á este escrito.

Fué Mauricio Valdivielso, sencillo y modesto en el vestir, y aun añadiríamos que algún tanto desaseado y poco cuidadoso de su personalidad. En mangas de camisa, con la chaqueta al hombro, su calzón corto, ancha faja, sus alpargatas y su pañuelo á la cabeza, discurría por calles y plazas, los contados momentos que permanecía fuera del taller. Sus ahorros—que algunos debió tener á juzgar por los rendimientos que sus numerosas obras le produjeron—los empleó, mejor que en sombreros de copa y en holgadas capas, adquiriendo herramientas y libros que le sir-

vieron para perfeccionarse en su profesión.

Su caracter, dentro de la sencillez proverbial de los aldeanos alaveses, era algún tanto brusco, efecto, quizá, de su libre y descuidada educación, sin que la brusquedad se opusiera á ser amable con todo el mundo, anteponiendo en todas ocasiones, una modestia que pudo parecer exagerada. Preguntábanle en cierta tertulia vitoriana, en donde se admiraban muchísimo sus envidiables esculturas;—«Mauricio, ya sabrás dibujar?—Pehst, pehst, poca cosa,—contestaba, siendo esta la mejor respuesta, ya que sus obras, en la valentía de sus líneas, denunciaban al experto maestro y al habilidoso artista.

El mérito de aquellas llamó, en todo tiempo, la atención de los inteligentes. Visitando, cierto día, un ilustre extranjero la capilla de Santiago, de nuestra antigua Colegiata, sorprendióse al examinar la escultura, de tamaño natural, que representa á San Judas Tadeo, y preguntando por el autor, al saber que se hallaba domiciliado en Vitoria, suplicó que se lo presentaran, no pudiendo menos de reirse al contemplar al sencillo escultor alavés vestido en la forma que hemos descripto.

En la conversación que entablaron, el extranjero le preguntó si se atrevería á hacer otra estatua igual á la que representaba la del primo hermano de la Virgen y pariente más próximo de N. S. Jesucristo, y Valdivielso se limitó á responder que la haría «tan bien, y mejor si era preciso.»

Su actividad fué prodigiosa: la reseña de sus producciones, hablará elocuentemente en pro de treinta ó cuarenta años de trabajo asídno, constante, fortalecido por una habilidad cada vez mayor, como hija de un hábito inveterado y de una seguridad sorprendente, y el gusto empleado en ellas, cada vez más exquisito y delicado, servirá de contraste á la apariencia mística que siempre le distinguió.

Para nosotros, es indiscutible, que los destellos del genio fueron patrimonio del notable escultor alavés. Solo así pueden explicarse las extraordinarias facultades que revelan sus obras. Quizá su educación religiosa y aun sus arraigadas creencias, influyeran muchísimo en el género á que se dedicó, siendo también probable que la lectura de escritos de insignes maestros (1) le indujesen á aceptar la estatuaría religiosa, y por tanto, el género sagrado, como campo jamás agotado, y en el que solo brillan las verdaderas eminencias. Vírgenes y Santos, Ángeles y Cristos, tronos y glorias celestes, hé ahí su especialidad, destacándose por su sobria y delicada factura, por su admirable regularidad y proporción y por una armonía inimitable las imágenes del Crucificado, que demuestran en su natural expresión, en su incomparable exactitud con el dibujo anatómico y en el bello conjunto

(1) Tenemos en nuestro poder, adquiridas por compra, al sobrino de D. Mauricio, llamado Inocencio, escultor, en Vitoria, como su tío, las más notables que se publicaron hasta el principio de este siglo.—N. del A.

de su resultante, una aptitud peculiar, exclusiva, agena al calor de la preceptiva artística, como nacida de ese *quid divinum* que caracteriza á los que llevan en su inteligencia el relativo poder creador que, saltando por encima de la esfera del talento, constituye al verdadero génio.

¿En dónde cursó Valdivielso el dibujo anatómico? ¿Quiénes fueron sus maestros? ¿Cómo pudo adivinar el insigne escultor alavés, que el desnudo es la empresa más difícil para todo artista, y, sin embargo, cómo concedió al desnudo una preferencia inusitada y por lo mismo incomprendible?

Los Cristos de Valdivielso no se exhiben en las Basílicas y Catedrales, templos, á la vez, de la religión y del arte; figuran (y no como joyas, porque se desconoce su mérito), en modestas Iglesias y ermitas, adornan algunos oratorios particulares y yacen en las cabeceras de algunas alcobas, sostenidos por el sentimiento de la piedad y del simbolismo, mejor que por su riqueza artística, no apreciada por la casi totalidad de sus actuales poseedores. Examínese uno cualquiera de ellos, compárese con otro, elegido al azar, y en todos ellos se observará, á pesar de sus diferentes tamaños, un sello distintivo, una marca especial, el precinto, digámoslo así, de las hábiles manos que los confeccionaron. En Peñacerrada, la Rioja alavesa y castellana, en algunas aldeas de Treviño, en Vitoria y en Madrid, existen Cristos de Valdivielso, y cualquier afi-

cionado culto á las manifestaciones artísticas, descubrirá, en ellos, esos primores envidiables que delatan, de primera intención, al consumado artífice.

Y, ¡qué desnudo tan admirable el de los Cristos del afamado escultor alavés! La finura y la irreprochable y magistral exactitud anatómica, acentúan la compasión y alejan, hasta de las miradas más suspicaces, la idea de lo lascivo y de lo deshonesto. En todos ellos hay arte, verdadero arte, en toda su expresión.

Trabajó Valdivielso, sin descanso, más allá de los sesenta años: nadie nos dice que fuera casado, ni que dejase hijos, es muy probable que permaneciera célibe toda su vida, y asociara á su taller y á su persona á su sobrino D. Inocencio Valdivielso, que siguió en Vitoria, durante muchos años, las tradiciones de su tío, aunque no con su éxito, en un mediocre taller de escultura, situado en el Portal del Rey, número 4, ya que D. Inocencio Valdivielso falleció, aproximadamente, en 1870.

¿Cuándo murió D. Mauricio Valdivielso? Desconocemos la fecha exacta de tan triste suceso. Es seguro que en los libros parroquiales constará su defunción, acerca de la cual no hemos sido afortunados en nuestras pesquisas, por falta de tiempo material, si bien apuntaremos aquí la idea—conforme con nuestras particulares noticias—de que la muerte del gran artista alavés debió ocurrir por los años 1830 al 35, habitando,

tan estimable escultor, en la calle de la Pintorería, tercera vecindad, y en una casa próxima á la histórica de los Isunzas, tan celebrada por su arquitectónica del Renacimiento, estilo puro, y algunos de cuyos restos guarda, con el esmero que le es peculiar, la actual Escuela de Artes y Oficios de la Ciudad de Vitoria.

Hemos terminado la quebrada é incompleta biografía del ingenioso escultor alavés, conocido por *El Santero de Payueta*.

Nuestros incompletos datos nos permiten asegurar que, en temprana edad, abandonó su pueblo natal, y así lo prueba la nulidad de recuerdos que, en dicho lugar, existen acerca de don Mauricio Valdivielso, según carta que tenemos á la vista, mas se nos ocurre preguntar, ¿ejerció, Valdivielso, en el lugar de Payueta, alguna influencia sobre los alfareros ó escultores que fueron contemporáneos suyos?

Indudablemente: Valdivielso trabajó, en unión de otros muchos, exhibiendo su habilidad y su génio, ante su familia, especialmente, y no debe ponerse en duda que su sobrino Inocencio, y quizá sus resobrinos Ulpiano y Santiago, artistas de cuerpo entero, no solo se iniciaron en el buen gusto de D. Mauricio, sino que continuaron la tradición de su fama, en su pueblo natal, donde vivieron largos años, trabajando, en compañía de su tío, en obras difícilísimas, según veremos, en las que dejaron impreso el sello espe-

cial del *savoir faire* que tanto distinguió al renombrado escultor alavés.

He aquí un testimonio que acredita nuestro aserto. En carta que poseemos, y de la que hicimos mención al comienzo de este bosquejo biográfico, ya que no se nos complazca en los datos que suplicábamos, se nos dan los siguientes, curiosos en extremo:

«Los únicos renombrados Santeros de Payueta, que se han conocido en esta villa (Peñacerrada), fueron los hermanos Ulpiano y Santiago Lahidalga, de los cuales el primero falleció en 1865, y el segundo en 1869; ambos, asociados y en compañía, hicieron las obras siguientes: Un Santo Cristo para Madrid, (se ignora la Parroquia), un apostolado para Laguardia y otro para Labastida, un San Isidro, con la yunta de bueyes, también para Labastida. Los pulpitos para la Iglesia de Santa María de Vitoria, Nuestra Señora del Rosario, para Maestu, la Inmaculada Concepción para Peñacerrada y un San Roque para Payueta.»

Esto nos dicen, sin añadir que, bajo la dirección de su tío, colaboraron entre otras obras, en la restauración de la sillería del coro de la Catedral de Santo Domingo de la Calzada, -empresa meritísima y no muy común en este siglo, de la que nos ocuparemos en lugar oportuno.

Compréndese, también, que á los hermanos Lahidalga, les suprimieran la primera parte de su compuesto apellido que fué Martínez de La-

hidalga, por ser de uso vulgar y corriente el conocerlos con el indicado de Lahidalga, y mejor con el de Santeros de Payueta, que antes que á ellos creemos se adjudicaría á su tío.

Otra pregunta, ¿la Academia de Dibujo pudo influir algo en el mayor tecnicismo y en el perfeccionamiento de la cultura de Valdivielso? No lo creemos; abierta ésta, en sus enseñanzas para el público, cuando el célebre Santero de Payueta frisaba ya en los cincuenta años cumplidos, no es presumible que variara el procedimiento para modelar y esculpir obras del mismo género en cuya ejecución adquirió una perfección asombrosa, debida, en gran parte, á su poder creador, en un principio, y después, á los clásicos estudios que hizo y que indudablemente aumentaron la belleza de sus hermosas construcciones. Debió, Valdivielso, por el contrario, honrar la clase de talla de aquella Academia, y no es dudoso que sus manos y su inteligencia abrierían amplios horizontes artísticos á los afortunados alumnos que le escucharon y le admiraron en su práctica docente. ¡Lástima que no se conserven en tal centro educativo detalles de cuanto hacer pudo este verdadero hijo del arte!

No concluiremos esta parte de nuestro estudio, interesante para la que sigue, sin hacer constar que Mauricio Valdivielso trabajó en Vitoria, durante muchos años, en unión de otros artistas de renombrada valía, como los célebres Moraza y Matías de Torres, maestro de dibujo, tallis-

ta, armador ó preparador, el primero; y hábil pintor el segundo, según lo acreditan las pinturas de todas las esculturas de Valdivielso, y mejor, si cabe, los monumentos de los Conventos de Santa Cruz y de las Brígidas, debidos á su correcto pincel.

Es seguro que Moraza tuvo á su cargo la construcción de altares y otras obras auxiliares que exornó con sus relieves y estatuas el famoso Santero de Payueta, á las cuales dió aliento y expresión la paleta de Matías Torres, constituyendo estas personalidades un triunvirato de artistas que, á través de su vida obscura é ignorada, han dejado en Álava, especialmente, y en otras regiones, obras de un mérito relevante que suscribirían gustosos los más clásicos artistas de la España del siglo XVI.

Fué Valdivielso el alma de sus sócios y el que dió tono á cuantas construcciones salieron de su portentosa mano; su inteligencia se hizo superior, sin esfuerzo, y acreedora á la aureola de gloria que le concedió, hace algún tiempo, la actual Escuela de Artes y Oficios. Este aplaudido centro, honrando la memoria del que con su arte é inteligencia difundió la belleza por doquier, acordó la concesión de un puesto de honor al modesto hijo de un alfarero, y en el hemicycleo del salón central, en uno de los targetones que llevan inscriptos los nombres de los pintores, escultores y arquitectos más ilustres de la patria, léese el de «Mauricio Valdivielso» que hon-

ra igualmente al Santero de Payueta y á la Junta Directiva que consignó, en las actas, el cumplimiento de tan importante acuerdo.

Esta distinción se otorgó igualmente al arquitecto D. Mateo Moraza (sería el padre del ilustre D. Benigno Mateo?) y al distinguido pintor don Matías de Torres, y, poco separados, pueden leer los alaveses y los que no lo sean, los nombres de estos artistas que dieron gloria y esplendor á su provincia.

III

OBRAS DE DON MAURICIO VALDIVIELSO

Para poder dar noticia exacta del valor de las obras de Valdivielso, es preciso verlas, mirarlas con los ojos del arte y apreciar en su mérito intrínseco, las bellezas y defectos que contengan.

Varias son las esculturas que conocemos de este notable escultor, esparcidas en villas y aldeas de la provincia de Álava, y no es despreciable el número de las que, en Vitoria, constituyen un curioso y brillante museo. Enumeraremos algunas de ellas y aun expondremos nuestra modesta opinión—mejor que nuestro juicio crítico,—acerca de su mérito, ya que, guiados por aficiones artísticas, y sin la petulancia de erigirnos en maestros é imponer el antiguo y desacreditado *magister dixit*, concurrimos, con

mucho gusto, á este certamen literario, deseosos de procurar un relieve natural á la eximia personalidad de tan obscuro y desconocido escultor, digno, por muchos conceptos, de que su fama se extienda y sea conocida en la España artística, como premio á su indiscutible talento y á sus relevantes cualidades.

Es casi seguro que Valdivielso,—que debió hacer sus primeros ensayos escultóricos en barro,—no utilizó, en lo sucesivo, otro material que la madera. La piedra y el mármol, así como los metales, nunca fueron por él empleados, ó al menos no conocemos ninguna obra de esta clase.

Atribúyense al activo y laborioso artista las sillerías de coro existentes en las Iglesias parroquiales de Santa Cruz de Campezo y de Peñacerrada, siendo suya, y de sus sobrinos Ulpiano y Santiago, la restauración de la magnífica que hoy se admira en Santo Domingo de la Calzada, (1) obra, á nuestro entender, la más compleja que salió de sus manos, ya que la espontaneidad y libertad que revelan sus estatuas, y que campean también en las múltiples filigranas de esta sillería, debieron subordinarse á las exigencias del gusto y del estilo de artista tan famoso, en los comienzos del Renacimiento, como

(1) El 24 de Diciembre de 1825, después de la Misa del gallo, se incendió parte de esta sillería (la izquierda), destruyéndose gran número de sillas y dos magníficos órganos, que hicieron necesaria la reparación de una arcada y columna yacente del templo, obras ejecutadas bajo la dirección del arquitecto de aquella Ciudad, Sr. Velasco.—N. del A.

el maestro Andrés, que dirigió su construcción en 1517.

Las sillas que se rehicieron por las hábiles manos de los Santeros de Payueta, (diez altas y once bajas, que se hallan en el paño Norte ó del órgano nuevo), compuestas de asiento movable, con su misericordia ó sillete, reclinatorio, brazos, respaldo, doselete y coronamiento de adornos, esculturas é inscripciones sentenciosas, como: *Bona mens, Otia tolle, Nosce te ipsum*, y otras, «imitaron con gran exactitud la forma plástica de las antiguas, aunque no igualan el idealismo artístico de las primitivas,» sin duda, porque el carácter de Mauricio y el de sus ayudantes, no era propósito para sujetarse á moldes ajenos y á inspiraciones más clásicas, las propias de aquellos grandes maestros del Renacimiento que han inmortalizado su nombre en obras de esta clase, que, con asombro, se contemplan hoy en nuestras históricas Catedrales siendo consideradas como verdaderas joyas del arte.

Ya hemos hablado, en otra ocasión, de sus admirables imágenes del Crucificado, y solo diremos, ahora, que las que se hallan en Alfaro y en la Parroquia de San Vicente, Capilla de los Pasos, ambas de tamaño natural, ostentan como rasgos típicos y característicos, un semblante propio de la suprema deidad, modesto y severo á la par, una perfecta simetría en la anatomía del desnudo y una magestad musculosa y adecuada al sacro personage que representan. Usa

en fin, Valdivielso, de la anatomía artística como de la sal en las viandas, según Palomino, «que la que basta, sazona: la demasiada, ofende: la que falta, disgusta.»

En el pueblo de Eguileta, en los laterales del altar mayor, existen dos hermosos ángeles, (serafines) de gran tamaño, que, con sus corazones inflamados, hállanse en actitud de adorar á su Divina Magestad. De la corrección que se nota en sus ángeles y tronos hablaremos más adelante.

En Elorriaga, y en su limpia y modesta Iglesia, luce con natural esplendor, un hermoso bajo relieve de tamaño natural, representando á Nuestra Señora de la Asunción. Es dicha imagen muy parecida á la que sirve de frontis al templete que se alza en el centro de la Catedral de Vitoria, y casi aseguraríamos que es de mayor mérito artístico. Otra estatuita de una vara de altura, que representa á San Pedro Apostol, revestido de Pontífice, es un primor escultural de belleza irreprochable.

OBRAS DE VALDIVIELSO EN VITORIA

Cultivador eminente de la estatuaria religiosa, el distinguido artista alavés, y avecindado luengos años en esta Ciudad, es lógico, que la fama de sus obras, atraería á su taller á sacerdotes y dignidades eclesiásticas, del propio modo que á personas de sentimientos religiosos.

ávidas de encargarle para los templos y particulares oratorios, aquellas envidiables imágenes, fruto de su ingenio artístico.

Pruébanlo así, el número no despreciable de esculturas que hizo con destino á Vitoria y de las cuales vamos á ocuparnos.

En la vetusta Colegiata alavesa, convertida en Catedral hace ya treinta y seis años, y en la Capilla de Santiago, lugar que hoy ocupa la Parroquia de Santa María, aparecen distintas obras, capaces por su importancia, de darnos excelente idea de las aptitudes artísticas de D. Mauricio Valdivielso.

En la Catedral, y en el centro destinado á altar mayor, álzase un severo y elegante templete del orden compuesto, sobre una basamenta que responde al conjunto y que termina en esbelta y bien modelada cúpula, en cuyos contornos, dos hermosos arcángeles, perfectamente modelados en paños y en el desnudo, reverencian el misterio de la Eucaristía.

Presidiendo al templete, osténtase un alto relieve magnífico, artísticamente orlado, en cuyo centro se exhibe bellísima escultura representando á Nuestra Señora de la Asunción sostenida por un trono de ángeles, simbolismo bien estudiado y mejor interpretado por la admirable factura que ofrece tan magnífica obra.

En la Parroquia de Santa María hay dos altares completos, el de las Ánimas y el de la Dolorosa, y en los laterales del altar mayor dos arro-

gantes estatuas, de tamaño natural, representando á San Judas Tadeo y al católico monarca Fernando III el Santo.

El altar de las Ánimas, (no olvidemos que el armador y preparador de las obras de Valdivielso, fué Moraza, así como el pintor de todas sus obras, fué el notable Matías Torres), es un delicado ejemplar del orden compuesto, tan sencillo como elegante. Consta de un cuadro de cerca de tres metros de longitud por uno y medio de anchura, y en él aparece la Virgen del Carmen en actitud de sacar las ánimas del Purgatorio: rodeála un trono de ángeles; un obispo en la parte central y en la inferior las ánimas, en cuyos rostros el arte ha impreso la ansiedad por salir de aquel lugar, las huellas de sus sufrimientos y aun los consoladores efectos de próxima esperanza por conquistar la gloria eterna. (Es de notar que Matías Torres, el pintor colaborador de Valdivielso, equivocó la indumentaria de esta Virgen, y en vez del hábito pardo y blanco que caracteriza á la orden carmelitana, usó de los colores azul y carmín con que generalmente se pinta á la Virgen del Rosario).

El altar remata con dos artísticos ángeles que, á derecha é izquierda, sostienen en el centro un medallón con la siguiente inscripción:

«Miseremini mei,
Miseremini mei
Saltem vos
Amici mei.»

apareciendo en la cima de dicho altar una calavera con corona real que parece recordar al *Pállida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas, regumque turres*, etc.

El altar de La Dolorosa, se prestaría á equivocaciones lamentables que debemos desvanecer por completo. Fundada, la Cofradía de este nombre, en 1737, para los extraños, es seguro que el altar de que hacemos mérito corresponde á la fecha de tal fundación, sin disentir, ni un mes, ni un día. Sabido es que esta clase de fundaciones sagradas, como muchas profanas, se establecen y aun empiezan á funcionar, sostenidas por la fe y el entusiasmo, mejor que por el lujo y exterioridad que deben acompañarles. Tal debió suceder con la Cofradía de la Dolorosa, estatuida, treinta años antes del nacimiento del insigne escultor que ha honrado, con su arte, el laudable pensamiento de los piadosos cofrades.

Atendiendo al estilo y al sello típico de todas las obras del escultor alavés, es indudable que Valdivielso y sus inseparables colaboradores, son los autores de cuanto de notable se observa en el altar de La Dolorosa. Ciertamente es que éste aparece más elevado, pero excepción hecha del zócalo ó pedestal, todo absolutamente es obra de Valdivielso, Moraza y Torres.

Destácase, el altar de La Dolorosa, sobre un fondo de tres metros de longitud por 1'20 de ancho, próximamente, orden corintio, terminado por un elegante friso y cornisa con adornos de

oro. Sirvele de término un acabado ático en cuyo centro, y en gran medallón, se representa, en pintura, *El Descendimiento*, (copia, sin duda, de un Cuadro que se conserva en la Sacristía de la Catedral, y obra—como todas las de esta clase,—de Matías Torres), y á cada lado dos ángeles, uno de rodillas y otro en pie, en estudiada y académica postura, contemplan la patética escena.

Sobre tal fondo, y en sencillo pedestal, se levanta la imagen de La Dolorosa, en cuyo expresivo rostro aparece el dolor inmenso, sublime, de aquella muger que sintió, como ninguna otra, el trágico final de su hijo amantísimo, que era el verdadero Dios, y el Redentor, nada menos, del género humano. En sus facciones, aparecen los destellos de tan intenso é incomprendible dolor, y en sus manos finas, modelo delicadísimo de singular factura, obsérvase un mérito relevante, mayor, mucho mayor que el no escaso de los paños y vestimenta que adornan á tan hermosa imagen, cuyas gruesas formas no son, sin embargo, las más apropiadas y estéticas para la representación de la Virgen en tan crítica y acerba situación.

Otro Cristo, tan notable como todos los de Valdivielso, tiene á su frente el citado altar. Es un Cristo espirante, de escasa longitud, en cuyos nímios detalles anatómicos, descúbrese un estudio acabado y completo, expresando su augusta faz, los solemnes momentos de una agonía tan tranquila como dolorosa. Lleva esta imagen un

targetón con tres inscripciones que, en hebreo, en griego y en latín, dicen lo mismo: «Jesús Nazareno, rey de los judíos:» y en la base otra inscripción latina en letra gótica, en donde se léen las palabras que los sacerdotes pronuncian en el momento de la Consagración: «Hoc est enim corpus meum.—Hoc est enim calix sanguinis mei,» etc, etc.

En los laterales del altar mayor—como hemos dicho,—se hallan, á la derecha, la estatua de Fernando III el Santo, y á la izquierda, la de San Judas Tadeo, apóstol. Ambas son de tamaño natural. La primera, ceñida de bruñida y completa armadura, y recubierta de airoso y armiñado manto real, se recomienda por su magestuosidad. Su aspecto y continente son verdaderamente régios y su arrogante actitud, algo afectada, parece indicar en el joven monarca, al famoso conquistador de Córdoba y Sevilla y al ilustre y católico varón que había de unir definitivamente, en sus sienes y en la de sus sucesores, las coronas de Castilla y de León.

La estatua de San Judas Tadeo, dicen que es sobresaliente en su género, y así lo creemos. Hay en ella, valentía en las líneas, contornos irreprochables y exquisita elegancia en los ropages. La túnica interior y el manto talar, prendas obligadas de los apóstoles y de otros personajes hebreos, son un dechado de factura, y el desnudo de la cara, de las manos y de los pies, son, como propios de escultor tan correcto como Valdiviel-

so. El libro que sostiene en su mano derecha es un delicado detalle de buen gusto y la alabarda que se apoya en el mismo brazo, símbolo de su martirio, quizá obedezca á la simetría del conjunto, y figure, por esta razón, mejor que el hacha con que se le decapitó.

Tales estatuas figuraron en antiguos altares propiedad de D. Diego de Urrechu, Barón de Rada, y trasladados éstos al convento de Santa Cruz, quedaron las esculturas en el lugar en que en la actualidad se encuentran.

Dos místicos serafines, sosteniendo en la mano derecha igual número de corazones inflamados, aparecen en los laterales del altar mayor, semejando abrasarse en su amor á la esencia divina y en el fuego de la sublime caridad. Como las estatuas descritas, estos serafines pertenecieron al cuerpo de otro altar y quedaron, en Santa María, en el destino que hoy tienen.

Otros dos angelitos dorados, tan bonitos como pequeños, existen en el coro de la Santa Iglesia Catedral, figurando como remate de la silla central.

PARROQUIA DE SAN MIGUEL

Solo conocemos en este gótico templo la imagen de San José, patrono de todos los industriales que usan el compás. Colocada recientemente en el artístico y bien decorado altar que ha costado la popular Cofradía del Esposo de la Vir-

gen, fué trasladada de Santa María, á la parroquia citada, y de la apología de su mérito nada diremos puesto que representa dignamente á los artistas vitorianos que han tenido y demostrado gusto en la elección de tal escultura.

PARROQUIA DE SAN PEDRO

Retiradas de los altares y convenientemente custodiadas en dependencia limpia, y bien atendidas, hállanse en este templo las imágenes de San Isidro Labrador y de Santa María de la Cabeza, con sus andas y dos juegos de preciosos angelitos.

Ambas imágenes tienen un metro de altura, aproximadamente, y, salvando el criterio de personas inteligentes, cuesta trabajo creer que la escultura de Santa María de la Cabeza, sea obra del mismo autor que hizo la de San Isidro. En ésta todo es gusto y expresión: la cara y las manos, la delineación de las extremidades abdominales, y, sobre todo, la soltura y valentía del sayo que viste, son detalles de un conjunto primoroso y en extremo artístico, todo es bello y muy notable en el Patrón de los labradores, y sentimos mucho no abundar en la misma opinión al referirnos á la efigie que representa á su dulce compañera, exenta, en su conjunto, de tan artísticas cualidades. Pero, si en Santa María de la Cabeza, no nos atrevemos á confirmar la mano habilísima del diestro Valdivielso, la encon-

traremos, bien pronto, en los ocho angelitos que adornan los ángulos de las andas. Es imposible hacer nada más sentido ni mejor acabado. Las graciosas actitudes de tales angelillos inspiran la más noble y desinteresada emoción: nada hay en ellos que sea paralelo, todo es contraposición y belleza, sin que aparezca, en tan diminutas esculturas, violencia ni afectación, todo es obra de un artificioso descuido, realce natural de la hermosura y producto espontáneo de la imaginación de un verdadero artista. Sosteniendo ramitos de flores van, el día del Corpus, los angelitos de Santa María de la Cabeza, y con atributos agrícolas marchan los de San Isidro en tan solemne festividad, causando la admiración y el entusiasmo de las personas menos cultas.

CONCLUSIÓN

Sin pretensiones de ningún género llegamos al término final de este desaliñado trabajo.

Ni en Álava ni en España, conocemos escrito alguno que trate ó se ocupe de la vida y de las obras de D. Mauricio Valdivielso; no tenemos noticia de que su nombre figure en otra parte, mas que en el distinguido lugar que la Escuela

de Bellas Artes le ha reservado, considerándole como cosa propia, pero, si aquella sencilla y lacónica inscripción ha de servir de base para que otros justiprecien mejor el mérito de tan insigne como olvidado artista, preciso es, si no tratamos de renunciar á la posesión de una legítima gloria alavesa, que se excite el celo de los eruditos y el de los aficionados para completar en sus últimos detalles, la biografía de tan distinguido artista y el bosquejo de todas sus obras que, siendo muchas, son dignas de especial y meditado estudio.

Aunque tarde, acaba de darse un gran paso en esta ímproba labor. En el selecto y variado programa de los Juegos florales, organizado por el antiguo Ateneo Vitoriano, figura el tema décimo-tercio, consagrado á inquirir la vida y obras del laborioso Santero de Payueta, y en esta provincia, donde no faltan ilustraciones y deseos de perpetuar la memoria de sus exclarecidos hijos,—ya que no los tengamos muy sobrados,—es de esperar que, dando pruebas de amor al país en que nacieron, acudan, mejor que nosotros, hombres estudiosos, autores de trabajos notables, con los cuales pueda llenarse el vacío que hasta ahora se deja sentir en las biografías de los alaveses ilustres.

No escapa á nuestra penetración lo incompleto é incorrecto de este escrito. ¿Qué decir de un hombre del que se ignora la fecha exacta de su nacimiento? ¿Cómo adquirir esos primeros é ina-

preciables detalles que caracterizan á su infancia, si la tradición de su memoria no existe ni aun en el pueblo que le vió nacer? Es más, un hombre que, dentro de su esfera de acción, tuvo algo de *bohémio*, ¿cómo no ha dejado en Vitoria detalles marcados de su larga vida artística?

Comprendemos que su no muy esmerada educación y aun su caracter retraído y algo brusco, le alejaran del contacto de las clases y personas más acomodadas de la capital alavesa, pero su taller, en donde él recibió á todo el mundo, en donde ajustó y cumplió mil encargos de otros tantos parroquianos, ¿no podría haberse hecho más célebre y dejar como natural estela de un habil artista, datos y detalles de mayor valía, acerca de tan notable escultor? Parece probable que tal sucediera y que el concurso y el testimonio de otras personas á quienes no hemos consultado, puedan concretar fechas y hechos para nosotros ignorados.

Indáguese, sobre tal particular, ya que la ocasión es oportuna. Declaren, de buena fe, aquellos que, por referencia, sepan algo relacionado con la vida de Valdivielso, y encomiéndose á persona idónea, la formación de una biografía completa y esmerada, que honre por igual á Álava y al distinguido escritor que tome sobre sus hombros tal empresa.

Cuanto decimos de su vida puede aplicarse á sus obras. Hemos descripto y comentado las que conocemos y hemos visto, y fácil nos hubiera

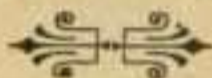
sido ampliar tal reseña atendiendo á noticias de crédito, empresa en la que no nos aventuramos por no comparecer ante el digno é ilustrado Jurado con conocimientos, de alguna monta, sí, pero ajenos á nuestras investigaciones.

En contados días puede apreciarse la ligera reseña de sus obras, y no habría, para nosotros, mejor galardón que aquel que nos ofrecieran las personas imparciales confirmando la exactitud de nuestros modestos juicios. La sobriedad de nuestro language, en este punto, se ha ceñido á las propiedades de las figuras escultóricas que exigen, para su exámen, tener muy presente la calidad del personage que representan, el traje que les corresponde y el afecto que les pertenece. A todo ello hemos atendido en la medida de nuestra escasa aptitud guiados, solo, por el afán de contribuir á la realización de este pensamiento que nos recuerda la hermosa sentencia siguiente:

«Los pueblos se honran respetando á los grandes hombres que entre ellos viven; pero su honor es mayor cuando elevan y dignifican la memoria de los que ya le abandonaron.»



POST SCRIPTUM



I

ASOCIADO, por estrechos vínculos de familia, al autor del trabajo que precede y al prologuista del mismo, y testigo presencial de la premura con que se confeccionó dicho estudio, sin otro objeto que el de aportar algunos datos para esclarecer la olvidada personalidad de un artista genial y de mérito indiscutible, créime en el deber de hacer nuevos ensayos de investigación acerca de la poco menos que misteriosa existencia de este ilustre escultor, muy conocido y hasta popular por sus obras y completamente ignorado, por lo que respecta á los rasgos y cualidades de su vida privada.

Un documento, de gran valer,—que figurará á continuación,—hízome conocer los errores de bulto en que se había incurrido al pergeñar la biografía de D. Mauricio Valdivielso, mas, obte-

nido, dicho documento, poco después de que el ilustrado Jurado calificador premiara con laudatorio dictámen, el trabajo de mi hermano político, D. Moisés Díaz de Arcaute, me coloqué en la alternativa de ocultar, para siempre, los informes adquiridos, ó de pedir un modesto lugar en este folleto, en donde, á la par que pueda felicitar al laborioso autor por el triunfo alcanzado en el certamen literario, y por el simbólico y artístico objeto que, en buena lid, ha merecido, me sea lícito llevar, también,—como dice el laureado escritor,—un grano más de arena á esta empresa, tan obscura como embrollada, de la que son cortejo obligado las vacilaciones y las ambigüedades.

En este supuesto, y con la vénia de los señores Díaz de Arcaute, (entre cuyos antecesores se cuentan varones muy aplicados en las artes del dibujo), adoptaré el procedimiento seguido en la exposición del trabajo premiado, colocando, á guisa de hoja de reparos, las observaciones siguientes:

MAURICIO VALDIVIELSO, ¿FUÈ ALAVÈS?

La mera duda que encierra el anterior interrogante pugna con la afirmación rotunda que se descubre en el tema presentado, por persona que creemos eruditísima, ante la notoria competencia de cuantos señores han formado el Jurado de las antiguas y hermosas fiestas literarias cono-

cidas con el nombre de Juegos Florales y celebradas en la Ciudad de Vitoria, con inusitada solemnidad, el día 8 de Agosto de 1899.

El autor del tema «Vida y obras del escultor alavés D. Mauricio Valdivielso (El Santero de Payueta),» que á su cualidad de catedrático distinguido, reúne la de literato insigne, traductor correcto é infatigable, poeta de altos vuelos y artista de singular y esmerada educación, aparece en los programas de las justas literarias, de que hacemos mérito, con el caracter de *mantedor*, esto es, como encargado de sostener y presidir el simpático torneo estatuido como norma y objetivo de cantar la hermosura y el bello ideal de la mujer, y, ¿cómo negar al antiguo Secretario de la Academia de Bellas Artes, suficiencia, mil veces probada, para conocer, aun en sus menores detalles, la historia de los pocos personajes alaveses que han logrado sobresalir en artes, en ciencias y en virtudes?

Lejos de nuestro ánimo tal hipótesis, juzgamos, por el contrario, tan digna como meritoria la idea de afianzar entre nuestros convecinos, por todos los medios, el conocimiento de aquellos varones que nos precedieron dejándonos sávia de cultura y estela de su talento que debemos conservar y aprovechar para enseñanza y perfeccionamiento de las generaciones que vengan, pues, como dice Palomino, con gran acierto, «quedaré gozoso de haber dado motivo á que otros adelanten este asunto (el de escribir bio-

grafías de artistas), no permitiendo queden sepultadas en el olvido las noticias de nuestros mayores, porque logren al menos el honor del aplauso en la memoria de la posteridad, en que es menester advertir, que muchos se han omitido por no saber de ellos mas que su nombre.»

Además, comenzado el diseño biográfico de Mauricio Valdivielso por el verdadero punto de partida, ó sea por el testimonio parroquial que acredita el lugar en donde vió la luz, por vez primera, este laborioso escultor, ¿á quién se le ocurre dudar de la legitimidad de esta gloria alavesa, que, solo por tal concepto, tiene esculpido su nombre, en letras de oro, en el salón elíptico que sirve de centro al edificio que barruntó y construyó otro artista, íntimo colaborador del llamado *Santero de Payueta*, con destino á servir de Academia de Bellas Artes en esta Ciudad?

Dato es este, tan insoluble al parecer, que alejaría la pluma de cuantos soñaran con el intento de desvirtuar, y menos de contradecir y refutar, las aseveraciones que dejamos sentadas, cuya sólida base descansa, con inquebrantable firmeza, en la autoridad que siempre se ha concedido, en Vitoria, no al *mantenedor* de las citadas justas literarias, (que, para llegar á tal puesto, algo y más que algo ha debido ganarse honradamente), sí, al ático escritor que, con pulida frase y escultural dicción, amén de otras prolijas y ajenas cualidades, se ha conquistado un

puesto que no es dado alcanzar á muchos de los que rastrojan, sin fruto, el esquilmo campo de la literatura regional, de la nacional y aun de la universal.

Admiraremos siempre, á fuer de alaveses y de vitorianos, la originalidad y aun la intención del tema XIII, que figura en el programa de los citados Juegos Florales; aplaudiremos, incondicionalmente, al que, rebuscando entre asuntos de relativa importancia local, tuvo la suerte de elegir, entre varios, un tema tan inédito como escabroso que, presentado con llaneza y naturalidad, pareció fácil y asequible al más extraño á las faenas literarias, y séanos lícito, por una vez siquiera, tributar homenaje de entusiasta consideración, al único que se ha presentado en tal certamen, bien distante de conseguir tan honorífica recompensa, sí, pero, muy satisfecho de cumplir un deber de vitoriano y de alavés que, al cabo y á la postre, redundará en beneficio de sus amigos y paisanos.

Y, entrando en materia, allegando una opinión más,—y bien necesitada por cierto,—para dejar anchuroso paso á la verdad, legítima dueña en este y parecidos trabajos, presentemos nuestros particulares informes y disquisiciones con amplia y omnímota libertad, ya que la incierta espera del galardón no nos mortifica, ni existe, para el que firma estos renglones, satisfacción mayor que la de contribuir á mostrarse digno y obligado á las muchas simpatías que, sin mendi-

garlas ni solicitarlas, le han sido adjudicadas, de tiempos atrás, en la muy noble y muy leal ciudad que le vió nacer.

Repitamos, por tanto:

Mauricio Valdivielso, ¿fué alavés?, y agreguemos por nuestra cuenta, ¿fué, Mauricio Valdivielso, el genuino *Santero de Payueta*?

Así parece deducirse de su partida de bautismo y como indudable *Santero* se le tiene en el bosquejo biográfico premiado por el Jurado calificador, denominación que responde al natural sobrenombre de tan célebre como desconocido escultor. Unos golpes más, de pluma, comparando á Valdivielso con aquellos artistas italianos, partidarios de la *Italia irredenta*, que emigrando de la miseria de su país, pululaban por las villas y lugares de España, ofreciendo á nuestros sencillos compatriotas, y á voz en grito, sus *Santi boniti e barati*, antes de consolidarse la unidad de aquella península, hubieran sido de efecto y á propósito para que nadie osara poner en duda la historia del *Santero*, errante ó sedentario.

Pero, sin suspicacia de otro género, ocurriéronos que no era tan fácil escribir acerca de un artista que, siendo de ayer, era conocido solamente por la belleza y elegancia, por la admirable factura de sus obras, y muy poco, casi nada, por su vida pública y privada, y tal contraste, originado por la absoluta carencia de detalles, llamó nuestra atención, de tal suerte, que, siendo testigo presencial del trabajo hecho, á vuela plu-

ma, y destinado á someterse á la experta deliberación y examen de un competente Jurado calificador, me opuse á su presentación dudando de que alcanzára la señalada merced que acaba de otorgársele.

Trabajé, por mi cuenta, y sin descanso, á fin de adquirir datos que sirvieran para ilustrar el estudio, que ya es laureado, completándole con algo más que hiciera mayor la confianza en él depositada y obtuve, tras afanes sin cuento, noticias que, aunque contradictorias al texto premiado, han de leerlas con afán y con curiosidad, cuantos se interesen por conocer el principio y el fin de la vida de tan notable escultor.

El primer documento que sirve para testificar la existencia real de Mauricio Valdivielso, no es—como debe creerse,—la partida de bautismo que aparece, *como cabeza de expediente*, al comenzar la biografía del personaje que nos ocupa. Gran fuerza tiene y no menor autoridad, el libro parroquial del lugar de Payueta, mas, la circunstancia de haber sido quemados los archivos de tal Iglesia, y con ellos el libro de bautizados que tuvo que rehacerse, seis años después de ser pasto de las llamas, quitan al de aquella especie, hoy existente, el natural valor que debe exigirse á tan solemnes escritos, ya que, recompuesto por referencias más ó menos probables y verosímiles, pero no en absoluto ciertas y evidentes, respondió, su reformatión, única y exclusivamente, al cumplimiento de lo

ordenado por el Sr. Provisor y Vicario General del Obispado de Calahorra y la Calzada. Bien claro lo afirma el Sr. Ecónomo de la citada parroquia al consignar, en unión de otros testigos, que, «En el lugar de Payueta á veintitres de Setiembre del año de mil setecientos sesenta y siete fué bautizado Mauricio Valdivielso que nació el veintidos del mismo (poco mas ó menos): hijo legítimo de Gregorio Baldivielso y Manuela Lopez Escudero: naturales Gregorio de Oña y Manuela de Rojas: abuelos paternos se hallaran en Oña; y maternos en Rojas. Es LO QUE SE HA PODIDO AVERIGUAR.»

Que la información hecha en el lugar de Payueta para reconstituir el libro bautismal, es deficiente, no hemos de detenernos en probarlo. Resulta de la simple lectura de la partida transcrita y de la sencilla y espontánea declaración que suscriben el Sr. Cura y dos testigos que lo serían de calidad en aquella época. Si quieríamos insistir en nuestra aserción, acudiríamos á la frase «poco mas ó menos,» que encerrada en gráfico paréntesis, habla con mayor elocuencia, de la que para nosotros pretendemos, en pró del relativo valor de tal partida bautismal.

Si, pues, tan inapreciable documento da lugar á dudas respecto del pueblo en que naciera Valdivielso, preciso nos es acudir á manantiales más claros, á fuentes más verídicas, en las que se despejen toda suerte de conjeturas y opiniones, abriéndose paso la verdad escueta, que espera-

mos presida al resto de cuantas consideraciones se nos ocurran en el trascurso de este escrito, que nadie nos pide y que gustosos ofrecemos al ilustrado público de esta región y de la España entera.

Muchos años se suceden desde el nacimiento hasta la muerte de Mauricio Valdivielso, y el documento que atestigua su defunción ¡cosa rara! ha de servirnos para dar fé del verdadero lugar en que nació tan afamado artista.

Inquiriendo, por cuenta propia, y rebuscando en los archivos parroquiales de esta ciudad, tuvimos la suerte —gracias á la actividad é ilustración del Sr. Ecónomo de Santa María,—de encontrar el documento siguiente que copiado á la letra, dice: «D. Félix de Landa y Díaz de Betolaza, presbítero, Doctor en Sagrada Teología, »Cura ecónomo de la parroquia de la Santa Iglesia Catedral de Vitoria.—Certifico: que en el »libro número 3 de finados de esta parroquia de »mi cargo, al folio 64 se lee la partida siguiente: »=(Al margen) Mauricio Valdivielso.—no testó. »—En catorce de Marzo de mil ochocientos veintidos años murió de edad de sesenta años Mauricio Valdivielso natural de Suzana y vecino de esta Ciudad marido de María Randez natural de Laguardia; fué su última enfermedad una fiebre gástrica; recibió los Santos Sacramentos: no testó: dexo tres hijos asaver Pedro, Gregoria y Prudencia de Baldivielso y Randez, y el día siguiente por la mañana y el mismo por la

»tarde se le hicieron los funerales en Canto-Illa-
 »no con tres días de honra y asistencia del Ca-
 »bildo de esta Insigne Iglesia Colegial, y para
 »que conste lo firmo.—Dr. D. Roq^e M.^a de Echa-
 »varri.—Es copia fiel de su original.—Vitoria á
 »uno de Agosto de mil ochocientos noventa y
 »nueve.—Dr. Félix de Landa.—Hay un sello en
 »tinta azul, en cuyo centro aparece Ntra. Sra. de
 »la Asunción, (creemos) y en la orla una ins-
 »cripción que dice * Parroquia de la Sta. Igle-
 »sia Catedral * Vitoria.»

La lectura de esta partida aumentó nuestra confusión, ya por asegurarse en ella que Mauricio fué natural de Suzana, ya, también, por fijar en sesenta el número de los años que vivió. Admitiendo como cierto lo primero, perdíamos al escultor alavés, tras del cual han continuado nuestras pesquisas, y observábamos con insistencia que el año del nacimiento (testimoniado en Payueta), y el de la defunción (atestiguado en Vitoria), no daban, en redondo, la cifra de sesenta, y sí la de cincuenta y cinco años que debió tener en el momento de ocurrir su fallecimiento.

Tales dudas se ofrecieron á nuestra imaginación que creímos en la existencia de otro Mauricio Valdivielso. Preguntamos á Payueta y contestaron que allí no se registra otro Mauricio que el señalado, en la partida, con el número 48, y correspondiente al año de 1767, é indagando en los libros parroquiales de Santa María, de esta ciudad, no se ha encontrado, tampoco, nom-

bre igual al que se ha descripto en la partida precedente.

Ansiosos de averiguar la verdad, en asunto tan importante, escribimos al señor Párroco de Suzana, suplicándole se dignara registrar el libro de bautizados, é indicándole la fecha probable del nacimiento del que siempre creimos escultor alavés, y á los pocos días, y en atentísima carta recibimos el siguiente notable documento que, copiado á la letra, dice:

«D. Fermín Cuezva, cura propio de la Iglesia
»parroquial de Sta. María Magdalena de esta vi-
»lla de Suzana, Diócesis y provincia de Burgos.
»—Dice, que en el libro de bautizados, que dió
»principio en el año de mil seiscientos noventa y
»cuatro, al f.^o noventa y uno vto, y se conserva
»en el archivo de la misma, se encuentra una
»cláusula que copiada á la letra es como sigue:
»al margen.—Mauricio Damian Valdivielso—En
»veintidos dias del mes de Setiembre de este año
»de mil setecientos y sesenta años, yo D. Gabriel
»Caubilla, Cura beneficiado en esta villa de Su-
»zana (1) bauticé solemnemente en la Iglesia pa-

(1) «SUZANA. V. agreg. al ayunt. de Montañana, del que dista 4'1 K. Cuenta sobre unos 120 hab. y 43 edif., de los que 13 están inhabitados, *Org. civ.* Corresponde á la prov. de Burgos y contribuye, con su ayunt. para las elecciones de diputados provinciales y las de Córtes. *Org. mil.* C. G. y G. M. de Burgos. *Org. ecclé.* Pertenece á la dióc. de Burgos, al arciprestazgo de Miranda de Ebro y tiene una iglesia parroquial, bajo la advocación de Santa María Magdalena, cuyo curato es de la categoría rural de 2.^a *Org. jud.* Hállase adscrita al part. jud. de Miranda de Ebro, y á las aud. de lo criminal y territ. de Burgos. *Org. econ.* Para el pago de sus impuestos depende de

»rroquial é impuse los santos óleos á un niño
 »que nació dia diez y ocho de dicho mes á la ho-
 »ra de las diez, según declaración de sus padres
 »á el que puse por nombre Mauricio y por abo-
 »gado Damian: hijo legítimo y de legítimo ma-
 »trimonio de Gregorio Valdivielso, natural de la
 »villa de Oña, y de Manuela Lopez natural del
 »lugar de Rojas, de oficio escultor, habitantes
 »al presente en esta villa de Suzana. Abuelos
 »paternos Pedro Valdivielso, natural del lugar
 »de (ilegible) y Gertrudis Palomares natural de
 »la dicha villa de Oña y vecinos actuales de ella,
 »y maternos Tomás Lopez natural de dicho lu-
 »gar de Rojas y Casilda Escudero natural de la
 »villa de Briviesca, el dicho Tomás ya difunto,
 »vecino que fué y la dicha Casilda en el citado
 »lugar de Rojas. Fué su padrino Mateo Lopez
 »de Aro, vecino en esta espresada de Suzana á
 »quien hice notorio y leí la monestación del ri-

la Delegación de Hacienda de su prov. *S. pub.* Recibe y ex-
 pide la corr. por la A. de Madrid á Irún, estación, *esf.* y *pt.*
 de Miranda de Ebro.—*Ob. pub. y med. de com.* Para verificar
 sus transportes y mantener sus relaciones utiliza los caminos
 que cruzan por su *ter. Ins. pub.* De fondos del municipio se
 costea una escuela para los dos sexos.—*Art., of., ind.* La úni-
 ca ind. de ésta localidad es la agrícola.—*Pob.* Ninguna parti-
 cularidad ofrecen los edif. que la forman.—*Sit. geog. y top.*
 (Véase el artículo referente á su ayunt.)»

Tomado del Diccionario geográfico, estadístico, histórico,
 biográfico, postal, municipal, militar, marino y eclesiástico de
 España y sus posesiones de Ultramar, publicado bajo la direc-
 ción de D. Pablo Riera y Sàns, con la colaboración de varios
 distinguidos escritores.—Barcelona.—Imprenta y librería reli-
 giosa y científica de D. Pablo Riera, Robador, 24 y 26.—1886.
 (12 tomos en fólío).—N. del A.

»tual romano,—fueron testigos D. Juan Caubi-
 »lla beneficiado en esta villa y Francisco Urbi-
 »na vecino en ella, y para que conste lo firmo
 »yo el dicho cura junto con el padrino.—Fecha
 »ut supra.—de que doy fé.—D. Gabriel Caubi-
 »lla.—Mateo Lopez de Aro.—Concuerda con el
 »original á que me remito en caso necesario, y
 »firmo y sello con el de la parroquia.—Suzana
 »y Agosto cuatro de mil ochocientos noventa y
 »nueve.—Fermín Cuezva.—Rubricado.—Hay un
 »sello impreso, en tinta azul, con la imagen de
 »la Magdalena en el fondo y una orla con la
 »inscripción siguiente: ✱ Parroquia de Santa
 »María Magdalena ✱ Suzana.»

¿Cuál es, preguntamos ahora, la verdadera
 partida bautismal de Mauricio Valdivielso? ¿La
 de Payueta ó la de Suzana? ¿Fué bautizado en
 ambas pilas?

Examinadas, con alguna detención, ambas par-
 tidas, tenemos por indudable que Valdivielso na-
 ció en Suzana, siendo la partida expedida en es-
 ta villa la verdadera y la original. La forma nor-
 mal en que aparece redactada, subordinándose
 al patrón que los párrocos de aquella época te-
 nían por modelo, lo completo y acabado de los
 detalles respecto de su padrino y antecesores pa-
 ternos y maternos, y aun el estimable dato de la
 profesión que ejercía su padre Gregorio, son
 motivos más que suficientes para que reconozca-
 mos, en el llamado escultor alavés, á la persona-
 lidad de Mauricio Damián Valdivielso, burgalés.

de origen y de nacimiento, escultor como su padre y autor de las obras que han llamado, llaman y llamarán la atención durante muchos años.

Forzada es la partida de Payueta como hija de una información de referencia, en la que depondrían seguramente sus sobrinos Santiago y Ulpiano Lahidalga, hijos de María Valdivielso, hermana de Mauricio. Pero estos testigos, escultores también, y Santeros de Payueta, eran muy jóvenes cuando acaeció la muerte de Mauricio (el mayor tenía 16 años), y muertos sus padres Pedro Lahidalga, escultor, y María Valdivielso, conservarían recuerdos vagos é indeterminados, reminiscencias de la infancia muy en armonía con su escasa ilustración literaria, efecto de las cuales fué, sin duda, el retraer el nacimiento de su tío Mauricio á una fecha muy posterior, y lo que es más grave, (creyéndole oriundo del lugar en que ellos vivieron tanto tiempo), le hacen nacer en Payueta cuando ya hacía siete años que Mauricio Damián Valdivielso había sido bautizado en Suzana (1).

Y, es de notar aquí que la familia de los Val-

(1) Discrepan también las fechas que hacen referencia al bautismo de Valdivielso, pues mientras en Payueta suponen que fué el 23 de Septiembre, en Suzana se afirma que sucedió el 22, (festividad de San Mauricio). Igual sucede respecto á su nacimiento: los de Payueta sostienen que nació el 22 (poco más ó menos) y en Suzana aseguran que fué el 18, á la hora de las diez.

Estos detalles, al parecer insignificantes, acreditan más el valor de la partida bautismal de Suzana.

divielsos, dió, entre sus varones, un contingente de artistas de gran valía, cuyas obras, esparcidas especialmente por las provincias de Burgos, Logroño y Álava, atestiguan el crédito de tales escultores, siendo muy difícil averiguar cuál fuera el primero de ellos á quien se dió el título de *Santero de Payueta*. Nosotros nos inclinamos á creer que Gregorio y sus hijos Mauricio y Santos, empeñados en obra de alguna importancia y de duración, se asociaron con Pedro Lahidalga, escultor de mérito, como ellos, siendo fruto de tal consorcio, además de las obras que les encomendaron, las relaciones de Lahidalga con María Valdivielso y su casamiento, constituyendo en lo sucesivo una familia que, establecida durante algún tiempo en Payueta y dedicada á los trabajos de esculturas religiosas, recibió, en comandita, el sobrenombre de *Santeros de Payueta*, que, antes que los Valdivielsos, debió llevar únicamente Pedro Lahidalga, natural del lugar que tan merecidamente célebres hizo á todos los *Santeros de Payueta*, entre los que se cuentan á los citados Valdivielsos (1), á sus sobrinos Santiago y Ulpiano y al más moderno Inocencio, á quien hemos conocido en Vitoria, en el Portal del Rey, y cuyo taller fué el último de familia tan distinguida como adelantada en el cultivo de las Bellas Artes.

Decir cuánto tiempo permaneció esta familia

(1) Del hijo de Mauricio, Pedro, escultor como su padre, diremos algunas palabras en este escrito.

en Payueta es tan problemático como incierto. Muertos los padres de Mauricio, parece verosímil, que Pedro Lahidalga, soltero ó casado ya con María Valdivielso, quedára en Payueta, en tanto que Mauricio, cuyo viaje á Madrid (de que se habla en su biografía) no pasa de los asomos de una opinión aventurada, vendría á Vitoria, en donde, su caracter de capital de la provincia, ofrecíale nuevos horizontes para encontrar ocupación y obras que acrecentaran su fama de artista y escultor. Seguramente estableció su taller en esta ciudad antes de principio de siglo, y entre sus relaciones predilectas de amistad debió cultivarlas, muy especiales, con María Randez, natural de Laguardia, con la que contrajo matrimonio en 1802, según el documento siguiente:

«Don Félix Landa y Díaz de Betolaza, pres-
 »bítero, Doctor en Sagrada Teología, Cura ecó-
 »nomo de la parroquia de la Santa Iglesia Cate-
 »dral de Vitoria.—Certifico: que en el libro nú-
 »mero 3 de casados de esta parroquia en el fo-
 »lio 32 se lee la partida siguiente:—(Al margen)
 »Mauricio de Baldivielso, soltero, con María
 »Randez Doncella.—En diez y ocho de Junio
 »de mil ochocientos y dos años, D. Franco Ant^o
 »Fernandez presbítero capellan de la Insigne
 »Iglesia Colegial de Santa María de esta Ciudad
 »de Vitoria por comisión de mi el Dr. D. Roque
 »María de Echávarri, Canónigo y cura de la mis-
 »ma Iglesia asistió al matrimonio que por pala-

»bras de presente contrajo Mauricio de Baldi-
 »vielso, soltero, de edad de treinta y siete años,
 »natural del lugar de Suzana, hijo legítimo de
 »Gregorio de Baldivielso, natural de la villa de
 »Oña y de Manuela Lopez, natural de Rojas, di-
 »funtos, vezinos que fueron del lugar de Paiue-
 »ta; con María Randez Doncella de edad de vein-
 »tiocho años natural de la villa de Laguardia
 »hija lexma. de Pablo de Randez y María Cruz
 »de Azpeitia naturales y vezs. de dha. villa de
 »Laguardia: habiendo dispensado el Señor Liz.^{do}
 »D. Felipe de Prado Provisor y Vicario Gral. de
 »este Obispado de Calahorra y la Calzada en las
 »tres canónicas moniciones que previene el San-
 »to Concilio de Trento como me consta por su
 »despacho dado en Logroño á catorce de Junio
 »de este presente año, refrendado por su Nota-
 »rio Maior D. Juan Domingo Ruiz de Zenzano;
 »fueron testigos D. Antonio Pasqual de Uzquia-
 »no presbítero, D. Manuel Fran.^{co} Lopez de Bi-
 »cuña, D. Manuel de Tercero y otros.—Y para
 »que conste firmamos.—Dr. D. Roque María de
 »Echavarri.—D. Fran.^{co} Ant.^o Fernandez.—Es co-
 »pia fiel de su original.—Vitoria catorce de
 »Agosto de mil ochocientos noventa y nueve.—
 »Dr. Félix de Landa.—Hay un sello en tinta
 »azul, con la imagen de la Asumpción en el fon-
 »do y una orla con la inscripción siguiente:✱
 »Parroquia de la Sta. Iglesia Catedral.✱Vitoria.»

Es de notar—y no sabemos á qué atribuirlo—
 una pequeña diferencia que se observa en las

edades de Mauricio Valdivielso y de su muger María Randez. Nacido el primero en 1760, debió contar cuarenta y dos años en el momento de efectuar su matrimonio y no treinta y siete como afirma la partida de casamiento, equivocación que también aparece en la edad de su esposa María Randez, pues según nota (que tenemos á la vista), del señor Cura párroco de la Iglesia de San Juan, de Laguardia, «María Cruz Randez, hija de Pablo y de María Cruz Azpeitia, nació en Laguardia el 20 de Septiembre de 1778,» debiendo contar veinticuatro años y no veintiocho al enlazarse con Mauricio Valdivielso.

Ignoramos la causa de las alteraciones que citamos, concediéndoles escasa importancia ya que no desvirtúan, en esencia, cuanto al nacimiento y matrimonio de Mauricio Valdivielso dejamos sentado.

Fácil nos sería ampliar la información relativa al origen de Mauricio Damián Valdivielso, aunando, á este trabajo, nuevas pruebas, que aunque no de la importancia de las enunciadas, confirmarían plenamente á la villa de Suzana, como patria del hábil escultor, y sabido es que, Suzana, conforme á nuestra actual división territorial,—la misma que regía en España en 1760,—pertenece al Ayuntamiento de Montañana, partido judicial de Miranda de Ebro, en la Provincia de Búrgos.

Está Suzana, *al otro lado del Ebro*, y si hemos de rendir culto á la verdad, preciso es confesar

que Mauricio Valdivielso, como hemos dicho, fué burgalés de origen y de nacimiento, y en manera alguna le corresponde el dictado de alavés que, aplicado á tan aventajado escultor, se le adjudica graciosamente en el título de este folleto.

Que Mauricio Valdivielso vivió en Álava, que repartió toda su existencia entre Payueta, Laguardia y Vitoria, que hizo en esta provincia la casi totalidad de sus obras, nadie lo pone en duda, como tampoco negamos que sea escultor alavés el artista que, desde sus más tiernos años, manejó la gubia y el formón, el bedano y la sierra, en provecho de su renombre y para gloria de nuestros templos, pero como se trató (por el autor del tema XIII^o), de recabar para la provincia de Álava una personalidad que sólo la pertenece como artista, como se creyó, á pie juntillas, que Mauricio Damián Valdivielso era natural de Álava, afianzando tal creencia, el popular dictado de El Santero de Payueta, en la firme inteligencia de que Valdivielso nació en este lugar, nos ha parecido conveniente poner en práctica el conocido *suum cuique*, y quedarnos con todo cuanto hizo el admirable Mauricio, excepción hecha de su nacimiento.

En vano nos disputarán esta gloria artística nuestros vecinos los burgaleses; no la perdemos, no, teniendo en cuenta que sus acreditados talleres se asentaron sobre terreno de Álava, que la madera alavesá sirvió de causa ejemplar para la elaboración de las notabilísimas escul-

turas ornato de nuestras Iglesias y orgullo del arte; y no olvidándonos de que, muerto Valdivielso, hace ochenta años, su recuerdo y su memoria nos pertenecerán por completo, así como sus venerandas reliquias, que, descansando en ignorado lugar de nuestro cementerio y esparcidas, sin duda, por la atmósfera alavesa, parecen vagar sobre la inteligencia de las personas ilustradas, pidiéndoles, ya que no el puesto de honor que por derecho le corresponde, al menos término á un ingrato é inconcebible olvido, pues, como dijo muy bien Palomino, «mengua vergonzosa parece de nuestra nación sacar á la pública palestra del mundo las vidas de nuestros eminentes artífices, de los cuales los más han vivido en suma cortedad, mientras los extranjeros abundando en riquezas, y quantiosos vínculos, terminan su gloria en magníficos sepulcros y honrosos epitafios.»

Mediten sobre lo expuesto, por el insigne maestro y biógrafo, los encargados de honrar la memoria de aquellos que, consagrando su vida al arte consiguieron, á fuerza de sudores, dar días de gloria á su patria, y no sea óbice el lugar del nacimiento de Mauricio para que las autoridades alavesas todas, y las personas entusiastas del arte perpetúen, como se merece, y en la forma que parezca más oportuna, el recuerdo del que, sin disputa, es el primer artista de esta provincia, en todo el siglo XIX.

A la oportunidad con que debe aparecer este folleto, sacrificamos la perfección que debiera de ostentar. No es obra de romanos, ni empresa de moros, el registrar los archivos de las cofradías de la Soledad, de las Ánimas y de San José, y con especialidad, los documentos relativos al histórico Convento de Santo Domingo, que se conservarán en el archivo diocesano, en la seguridad de encontrar en ellos comprobantes fehacientes que, con fechas y firmas, sirvan de garantía legítima para atestiguar la veracidad de nuestras indicaciones respecto de todas y cada una de las obras de Valdivielso que quedan apuntadas y de las que han de reseñarse más adelante.

Pero, téngase en cuenta, que no es el capricho el que pone la pluma en nuestras manos: no es tampoco, la calor de una tradición remota y legendaria, la que nos anima á proseguir hasta el final este trabajo, sino el testimonio de personas veraces y entendidas, cuyos solos nombres, unidos á su seriedad, forman el no despreciable criterio en que nos inspiramos. Por referencias imparciales del Sr. Susaeta, Canónigo de esta Santa Iglesia Catedral é hijo de D. Martín, que ilustra en contadas líneas nuestra historia contemporánea, y que fué coetáneo de Mauricio Valdivielso; así como por las conversaciones fa-

miliares del donoso D. Tiburcio Díaz de Arcaute, dibujante, pintor y escultor, tío de D. Epifanio, de iguales apellidos; por los parientes de don Bartolomé Vasco, pintor y dorador en esta ciudad, y aun por el importante testimonio de don Ambrosio Guillerna y Valdivielso, nieto legítimo de D. Santos Valdivielso, hermano de Mauricio, que á su calidad de último superviviente de esta familia reúne la muy atendible de haber vivido en Vitoria, en compañía de sus tíos D. Pedro y D. Inocencio Valdivielso,—que oyeron, en repetidas ocasiones, anécdotas referentes al que se tuvo por único *Santero de Payueta*,—hemos de sostener que Mauricio Damián Valdivielso al establecerse en Vitoria, años antes de terminar el siglo anterior, era un hombre rudo, de escasa ilustración literaria y amante, en extremo, de su artística profesión. En su desvencijado taller, apilados y mal sostenidos, veíanse troncos informes que su arte y su habilidad manual habían de transformar en maravillas. Cuéntase, como indudable, que al comenzar sus esculturas, escogía los troncos apropiados para su confección y colocándolos en el poyo de la puerta de su establecimiento, retirábase á corta distancia, á fin de apreciar con su ojo de artista la posición más adecuada para comenzar el desbaste, que hacía á golpes de hacha con vertiginosa rapidez, hasta convertir, minutos más tarde, el añoso tronco en esbozo de meritoria escultura, á la que daba forma y pulimento, gracia y expre-

sión, la fuerza de su inspiración y de su génio.

Trabajó Valdivielso, no en la calle de la Pintorería, como se afirma en el estudio anterior, y sí en la de Cuchillería, casa señalada hoy con el número 92, reformada hace algunos años, en la que, á piso llano, descúbrese, ahora, una escalera descendente que daba acceso á una amplia y anchurosa cocina de diez metros de longitud, próximamente, y que servía de taller á este renombrado escultor. Una deteriorada puerta, ponía en comunicación dicho taller con la huerta (hoy existente), que Mauricio utilizaba, más que para la siembra de hortalizas, para depósito y secadero de los troncos, y todavía, en la poco menos que derribada tapia de esta huerta, que comunica con la Pintorería y sale frente al Convento de Santa Cruz, se observan las huellas de otra puerta que allí debió existir, por la que entraban los materiales que él adquiría y salían los troncos convertidos en obras de sobresaliente mérito.

La corta distancia que separaba á la casa de Valdivielso de la antigua Colegiata, comunicábase con ésta por medio de estrecho y reducido *cantón*, cerrado por un arco de piedra en la parte que limita á la plazoleta de Santa María (y que hoy se conoce con el nombre de Cantón de San Marcos), y es absolutamente histórico que cuando los canónigos salían de coro, acostumbraban á visitar el taller de Mauricio deseosos de admirar el mérito de las imágenes que construía,

siendo no menos exacto, que al escultor de Suzana le molestaban tales tertulias hasta el punto de que, absorto en la modelación y pulimento de las esculturas, rara era la vez que contestaba á las más ó menos discretas preguntas de los canónigos, encerrándose en un mutismo completo, y abandonando, muchas veces, á sus importunos contertulios sin decir «oxte ni moxte.» (1)

Es posible que trabajara en esta ciudad en unión de su padre Gregorio y aun de su hermano Santos, beneméritos artistas; mas esta sociedad, de existir, fué poco duradera porque Santos vivió separado de Mauricio, en taller aparte, y el no hallar la partida de defunción de su padre en la parroquia en que creimos encontrarla, nos hace suponer que Gregorio Valdivielso compartió los últimos años de su vida entre Vitoria, Payueta ó algún otro pueblo que fuera de su agrado en el que debió morir.

Lo que adquiere mayor certeza es que por los años 1795 ó 96, debió hallarse muy unido con Matías de Torre y, especialmente, con el padre de éste D. Joséf, maestro pintor, noticia que adquirimos registrando los papeles de la Cofradía de San Isidro para confirmar la exactitud de las esculturas que la misma posee.

Y, aunque tenga visos de digresión, permitásenos dar cuenta de dos curiosos documentos

(1) Por lo general, cuando le visitaban suspendía siempre la labor, haciéndolo por egoísmo y á objeto de que nadie se enterara de su manera de esculpir.

Igual condición tenía su sobrino Inocencio.—N. del A.

que sirven mucho para esclarecer las dudas que, respecto de las estatuitas de San Isidro y de Santa María de la Cabeza, se le ocurrió, en lugar oportuno, al autor del trabajo premiado.

Fundada la Cofradía de San Isidro, en la Iglesia parroquial de San Ildefonso de esta ciudad, en 20 de Noviembre de 1650, en dicho templo permaneció con todos sus efectos y enseres hasta el año de 1835, en que, de orden del Excelentísimo Sr. Capitán General de las Vascongadas, se la intimó para que evacuara dicho local, trasladando parte de aquellos á la Parroquia de San Miguel y estableciendo su altar, con la notable imagen de su Patrono, en la Iglesia de San Pedro Apostol. Deseosos los cofrades de adquirir una escultura, para sacarla en procesiones y rogativas, y, contando con algunos ahorros, en la Junta que celebró la Directiva en 16 de Mayo de 1798, se decretó lo que sigue:

«En diez y seis de mayo de mil setecientos noventa y ocho estando Juntos Y Con Gregados el S.^r D. Claudio de Almoniga Cura de La Parroquial de Sn Ildefonso de esta Ciudad de Victoria Y los Señores Manuel de Izarra Manuel Diaz de Junguitu Y Juan de Yzarra Abad y Mayordomos de la Cofradia del Señor San Isidro Labrador Y otros diferentes Cofrades Como Lo tienen de Costumbre Y entre otras cosas ordenaron Y decretaron Lo Siguiete—Y dixeron que Supuesto abía algunos r.^o reservados en la Arca o archibo de dha. Cofradia se podia acer Un S.^o Isidro Nuevo Con Sus Andas; y abiendose echo Cargo dhe.^o Junta Los dhos. Cofrades Lo aceptaron Y dieron el encargo Para aCerlo Al Sr, Josef de Torre mtro. Pintor quien lo admitio, Y nombraron por Comisionados A los dhos. Abad y Mayordomos Y Juntamente al Sr Pedro Fernanded de troconiz

Los que Aceptaron dha Comission En Cuya Conformidad quedó disuelta dha Junta.»

Facil es comprender que el mayor crédito é ilustración de D. Josef de Torre, industrial de reconocida competencia en esta ciudad, le serviría para dar su nombre y ajustar el precio de dicha escultura que, sin duda alguna, encargaría á Mauricio Damián Valdivielso. Pero, como la mala suerte de éste se ha encargado de poner obstáculos á cuanto la posteridad pueda hacer en su obsequio, hé aquí que faltan (en dicha Cofradía) los recibos de las cuentas de ese año y subsiguientes hasta 1840, así como las actas desde 1805 hasta 1819, ambos inclusive, en cuyos documentos aparecería el nombre del autor y la cantidad que percibiera por su trabajo.

Explícate, también, la diferencia que existe entre el mérito de la escultura de San Isidro y la de Santa María de la Cabeza, por el acuerdo tomado en 21 de Diciembre de 1802, que dice al pie de la letra:

«En dha. Junta se Propuso de que Yaque Se hacian los ocho ramos (1) Que tambien Combenia el Retocar S^{ta} Maria de la Cabeza Y las Andas—Porque Corresponia Para que hiciese

(1) Estos ocho ramos de hilo de oro y plata los hizo, según acuerdos de las Juntas celebradas en 16 de Mayo de 1802 y de 21 de Diciembre de igual año, D. Ramón del Rivero, maestro cordonero, y los dió por bien hechos y ejecutados el maestro facultativo D. Manuel de Echanove, pagándose por tal servicio la cantidad de 1650 reales vellón.

Sirvieron, como guirnaldas que los angelitos sostenian con una de sus manos, llevando en la otra los atributos agrícolas de que se hizo mérito. Hace tiempo que desaparecieron.—N. del A.

Simetria Con el S^{to} Sⁿ Isidro. Por lo que respondieron dhos. Cofrades, Que todo Lo que era Combeniente Lo dexaban En Manos de dho. Señor Cura Ya Comisionado, Antecedentes. Y efecto Se executo dha. Como tambien Se hizo Diadema de Plata Para dha. S^{ta} Y Cuatro Niños Paralos quatro extremos de dhas Andas. Por lo que quedo enterada Y Satisfecha dha. Cofradia.»=

El texto referido puede dar lugar á nuevas dudas que intentaremos desvanecer. RETOCAR, es «volver á tocar,» «tocar repetidamente,» «volver á pintar en lo que ya estaba acabado, perfeccionándolo.» «Restaurar las pinturas deterioradas,» (fig.) «Recorrer y dar la última mano á cualquier obra.» *Grab.* RETALLAR, última acepción que significa «tallar de nuevo ó segunda vez; volver á tallar.»

Con la propiedad del verbo *retocar*, creemos nosotros que los Cofrades de San Isidro entendieron «volver á pintar» la imagen de Santa María de la Cabeza y sus andas, buscando la simetría, con la de San Isidro, en la colocación de los cuatro angelitos, que faltaban en las andas de aquella. Y, si esto es cierto, resulta que la escultura de Santa María de la Cabeza es anterior y agena por completo á Valdivielso, como lo acredita su extraña y burda factura, y aunque admitiéramos, como probable, que el trabajo de *retalle* se hubiese efectuado, nunca podría culparsele á Valdivielso del mal gusto artístico que predomina en la citada escultura, ya que dicho *retalle* impediría, quizá, por las proporciones de aquella estatuita, ó por sus defectos, el conce-

derle esa gracia, expresión y aun elegancia que caracterizan á las obras del escultor de Suzana. (1)

Queda, por tanto, garantida, la imagen de San Isidro y la de los ocho angelitos, elegantemente descritos en lugar correspondiente, como hechuras de Mauricio Damián Valdivielso.

El retablo del altar de San Isidro y la imagen que en el mismo se venera pertenecen al siglo XVII. Bien claro lo indica la disposición 24.^a de tal fundación en la que se lee: «que cada año se procure alguna limosna hasta la suficiente para hacer un retablo y ornamentos y otras alhajas para el servicio de dicha Cofradía y adorno del altar del Santo poniendo en todo lo posible brevedad.» (20 de Noviembre de 1650).

Casado Valdivieso en 1802, y establecido definitivamente en Vitoria, á partir de esta fecha y de contados años antes, según se ha visto, datan cuantas obras suyas se conocen en esta ciudad y sus inmediaciones. Dedicado siempre á la escultura quizá le obligase á buscar refugio en Vitoria la necesidad de asociarse á ebanistas ó armadores que le ayudaran en la construcción de altares, y á distinguido pintor que supiera dar, con su pincel, el colorido, la vida y la entonación

(1) No hay inconveniente en admitir que retallase los dedos de las manos ó de los pies, ó algún otro ligero detalle, como posteriormente le encomendaron tarea semejante á su sobrino Inocencio con los Cristos del Sepulcro y de San Ildefonso; pero tales enmiendas, difíciles de suyo, se hacen atendiendo al mérito intrínseco de la escultura, y como la que nos ocupa vale muy poco, insignificante seria cuanto Valdivielso hiciese en ella.

de que carecían sus pulimentadas estatuas y bajo relieves. Explicación más ingeniosa de sus relaciones con Benigno Moraza y Matías de Torre y su señor padre, podrá hacerse, pero no más lógica y natural de la que exponemos. Juntos todos auxiliáronse y surgieron los artísticos altares de La Soledad, de Las Ánimas, los de San José, el templete de la Catedral y esa multitud de filigranas escultóricas, entre las que descuelan sus inimitables Cristos y sus hermosos ángeles que basta verlos (entre otros los dos colocados en San Miguel á derecha é izquierda de la imagen de San José), para sentir la intensa emoción estética y denunciar á su autor como á uno de los más consumados maestros

Algo hemos trabajado, sin fruto, á objeto de averiguar si Mauricio Damián Valdivielso tuvo relaciones con la antigua Academia de Bellas Artes de esta ciudad. Se recuerda haber oído en el taller de su sobrino D. Inocencio que, en efecto, fué maestro de talla durante algún tiempo, pero no nos ha sido dable hallar documento alguno que así lo acredite. Creimos que, atendiendo á tan loable circunstancia—subordinada siempre á su calidad de artista, y en premio á su maestría—se había colocado su nombre, y los de Moraza y Torres, en los targetones del salón elíptico de la hoy Escuela de Artes y Oficios, siendo raro el no encontrar el acuerdo por virtud del cual se tomó esa determinación. Así es, sin embargo, y nuestro querido é ilustrado ami-

go D. Hildebrando Herrero, nos hace saber «que en el pliego de condiciones hecho para la subasta de la primitiva pintura de la Academia, se dice únicamente»: «que en la parte alta del salón elíptico, debajo de las ventanas, se pintarán escudos de las Bellas Artes ó nombres de artistas distinguidos,» y ni en las actas de aquellos días ni en otras posteriores consta acuerdo alguno respecto á cuáles nombres debieron ser los que se pusieron.»

Más que lo expuesto debemos agradecer al dignísimo secretario de este Instituto docente, y son sus buenos deseos de servirnos, que le inclinaron á molestar al caballeroso y respetable prócer D. Francisco Juan de Ayala, á quien consultó acerca de asunto tan importante, y á la vista tenemos la tarjeta B. L. M. de tan distinguido señor, en la que manifiesta no haber leído en las actas de las Juntas celebradas en la repetida Academia, resolución alguna respecto de que se inscribieran los nombres de Valdivielso y demás artistas alaveses.

Consignémoslo así, tributando sincero aplauso á los vitorianos ignorados que, lacónicamente y en sencilla inscripción, colocaron el obscuro nombre de tan eximio artista junto á los inmortales de Herrera y de Berruguete.

Excusado nos parece advertir que para nada intervino en la restauración de la sillería de Santo Domingo de la Calzada, ya que, muerto Mauricio Valdivielso en 1822, mal pudo prestar

su concurso en aquella delicada obra que servirá, durante muchos años, para demostrar el indiscutible mérito que tuvieron como escultores, todos los llamados *Santeros de Payueta*, y entre ellos Ulpiano y Santiago Lahidalga y Valdivielso, de los que ha dicho un entendido artista y crítico, refiriéndose á las veintitantas sillas restauradas que «imitaron con gran exactitud la forma plástica de las antiguas aunque no igualaron el idealismo artístico de las primitivas.»

Inexacto es, también, que Mauricio Valdivielso sea el autor de la hermosa sillería de Santa Cruz de Campezo, que se le atribuye en la relación de sus obras. Escribimos al celoso y digno párroco D. B. Samuel de Picaza, pidiéndole detalles y nada mejor que transcribir su contestación, curiosa por demás y de importancia para los aficionados á esta clase de estudios. Dice así: «Santa Cruz de Campezo 12 de Agosto de 1899. —Sr. D. Eulogio Serdán—Vitoria—Mi querido amigo: contestando á tu grata tengo el gusto de manifestarte que la sillería del coro de esta parroquia data (según aprecio de personas peritas), de últimos del siglo XVI, ó principios del XVII, opinión deducida del estilo, forma de escudos, cornucopias, etc., que existen en las columnas. No se encuentra en el archivo de mi cargo escrito alguno en que conste el nombre del artista que la hizo ni el precio en que pudo ajustarse tan hermosa y artística obra. El pueblo tiene

por verídica una tradición según la cual, un desertor del ejército italiano, deseoso de que le tuvieran oculto y le mantuviesen, les hizo esta sillería calificada de superior por los inteligentes. Por mi parte añadiré, que cuantos artistas la han visitado están unánimes en asegurar que en la confección de esta obra no ha intervenido más que una sola mano y que la perfección, con que está ejecutada, es admirable.—Siento no poder añadir nuevos detalles sobre la sillería en cuestión.—Sabes que puedes mandar como gustes á tu afectísimo é inolvidable amigo B. Samuel de Picaza.—Rubricado.»

Y para verle separado de esas complejas obras (las sillerías) artístico-decorativas, adorno preciadísimo de nuestras suntuosas Catedrales, en que inmortalizaron sus nombres artistas tan eximios como Alonso Berruguete, *Felipe de Borgoña* (Felipe de Vigorni), el toledano Rafael de León, el catalán Matías Bonafé, el navarro Esteban de Obray y otros, que, en Toledo, en Zaragoza, Palencia y Barcelona, inmortalizaron sus nombres, hay que convenir en que no tomó la menor parte en la sillería de Peñacerrada. Obras son éstas, mejor que de ebanistas, de arquitectos y escultores, y aunque Mauricio Damián Valdivielso, se hubiera enfrascado gustoso en la fastuosidad y exuberancia ornamental del estilo ojival florido combinado con el plateresco que constituyen la característica de las renombradas sillerías del Renacimiento, y hubiera, como otros, desborda-

do su imaginación inagotable en tales empresas, no sabemos que nadie se las encomendara, ya por ser costosas, ó ya porque mejor se dedicase á la construcción de esculturas sueltas que fueron su verdadera especialidad.

Sea como fuere, en nuestra calidad de comentaristas al trabajo premiado, consultamos á cuantos lugares nos fué posible, deseosos de averiguar y comprobar la exactitud de cuanto aquél contiene, y, prescindiendo de nuestras particulares relaciones, aprovechamos, fácilmente, los galantes ofrecimientos de nuestro íntimo y querido amigo D. Gabriel Martínez de Aragón, ex-Diputado á Cortes por el Distrito de Laguardia, quien, utilizando sus valiosas amistades, dignóse escribir al distinguido y simpático Diputado provincial D. Clemente López Cano, solicitando, en mi nombre, datos relativos á la citada sillería de Peñacerrada. Complaciéronnos, tanto al señor Martínez de Aragón, como al autor del *Post Scriptum*, y una elocuente prueba de la finura y caballerosidad del Sr. López Cano, y, especialmente, del dignísimo é ilustrado Párroco D. Basilio Beltrán de Salazar, son los documentos que insertamos á continuación (con la vénia de tan estimables personas á quienes gustosos hacemos público el testimonio de nuestra mayor consideración y amistad).

Dicen así:

«Sr. D. Eulogio Serdán.—Peñacerrada 28 de
»Agosto de 1899.—Muy señor mío y de mi mayor

»consideración: Adjunto es el escrito que me ha
 »entregado el Sr. Cura, y que me ha sido impo-
 »sible remitírselo con la antelación que hubiera
 »deseado. Participe el resultado de mis gestio-
 »nes á D. Gabriel, haciéndole presentes mis ca-
 »riñosos recuerdos y V., disponga, como guste,
 »de su muy atento servidor Q. S. M. B. Clemen-
 »te López Cano.—Rubricado.»

El curioso escrito del virtuoso Párroco mere-
 ce leerse detenidamente:

«† 28 de Agosto de 1899.—El infrascrito Cu-
 »ra de Peñacerrada, accediendo, con sumo gus-
 »to, á los deseos de los señores Aragón y Serdán,
 »manifiestos por el Sr. Diputado, D. Clemente
 »López Cano, mi carísimo feligrés; he registrado
 »detenidamente varios documentos que se con-
 »servan en el archivo de esta Parroquia, y des-
 »pués de prolijo y detenido trabajo, ocupado con
 »el fin de complacer á dichos señores, he de ma-
 »nifestar: Que

»En el coro de esta mi Parroquia existe, en la
 »actualidad, una Sillería completa y bien conser-
 »vada, madera de nogal, que se compró en la vi-
 »lla de Pariza, y lugar de Torre, (Condado de
 »Treviño): tiene de altura 3,25 metros. Consta de
 »15 asientos divididos por sus columnas, á saber,
 »12 colaterales, y 3, en el centro—para el preste
 »y ministros,—en cuyo asiento central se halla
 »la Imagen del Salvador, de un metro de altura,
 »esculpida por el maestro D. Gregorio Valdi-
 »viello.

»La manufactura de la sillería es obra del ar-
 »quitecto D. Miguel López de Porras, vecino de
 »Torres, en cuyos respaldos se hallan esculpidas
 »diversas alegorías.

»La tarima es de un roble del monte comune-
 »ro de Peñacerrada y Montoria, llamado la Isla,
 »cuyo arbol dió 18 $\frac{1}{2}$ estados de tabla.

»Es complemento de la misma el Facistol, si-
 »tuado en el centro del Coro, madera de nogal,
 »tiene de altura próximamente, 3 metros.

»Fué construído por el dicho arquitecto señor
 »Porras, y conducido á ésta de la Ciudad de Via-
 »na, en cuya cúspide está el Crucifijo esculpido
 »por el referido Sr. Valdivielso.

»Las indicadas obras datan del siglo pasado,
 »ó sea del año 1778.

»Es lo esencial y sumarísimo que ha podido
 »recoger y remite á los Sres. Aragón y Serdán,
 »su afectísimo S. S. q. s. m. b. Basilio Beltrán de
 »Salazar.—Rubricado.—Hay un sello impreso en
 »tinta azul, que lleva en su centro la imagen de
 »la Asunción, y en la orla circular esta inscrip-
 »ción: * Parroquia de Peñacerrada * La Asun-
 »ción.»

¿Qué se deduce de la curiosa y bien escrita
 relación del Sr. Beltrán de Salazar?

Que D. Gregorio Valdivielso, padre de Mau-
 ricio, estaba ya reputado por maestro de escul-
 tura, en 1778, y que, en concepto de tal, se le
 encomendaban trabajos tan notables como la
 imagen del Salvador, remate de la silla central

de tan estimada sillería, y la del Crucificado que corona al elegante facistol.

Dedúcese igualmente que en Viana y en Logroño; en Haro y en Laguardia; en Peñacerrada y en Treviño, como en Oña, en Burgos y hasta en Vitoria, el nombre del escultor Gregorio Valdivielso estaba acreditado y era buscado con empeño, en el momento en que, en alguno de los numerosos templos que se hallan en las tres provincias citadas, hacían falta mayores adornos para honrar á nuestra Religión, por medio de imágenes, en su múltiple y variado Santoral.

Pruébese, asimismo, que Mauricio, de diez y ocho años, en aquella época, ayudó á su padre en las construcciones citadas, siguiendo sus huellas y empapándose, digámoslo así, en el gusto y en la habilidad manual que distinguió al autor de sus dias, y, poco nos cuesta el añadir, que el campo de operaciones de tan inteligentes artistas, abarcó la zona que limitan las provincias de Logroño, Burgos y Álava, ya que su desconocimiento de la lengua euskára, fué valladar insuperable para que penetraran en Vizcaya y Guipuzcoa, en las que, nada se halla que ostente el sello característico que los Valdivielsos supieron imprimir á sus obras.

Y, lugar sería este, para poner en duda que todas las esculturas atribuidas á Mauricio, le pertenezcan, atendida la semejanza que tienen algunas con las que hizo su padre D. Gregorio, si

bien una observación atenta, y hasta el lugar en que se encuentran colocadas las existentes en Vitoria, bastan para no confundirlas, ya que don Gregorio (aunque los tuviera en otras partes), careció de auxiliares tan inteligentes y uniformes como los señores Torres, padre é hijo, y Moraza, que supieron dotar á todas las suyas de un cuño especial, propio y exclusivo de sus peculiares conocimientos artísticos.

III

Descartadas, pues, varias de las importantes obras que se atribuyen á Mauricio Damián Valdivielso, y en las cuales queda probado que no le correspondió la menor parte, compensaremos, á los curiosos y devotos del primero de nuestros escultores, con la descripción de otras no menos importantes y dignas de figurar en el catálogo de las construcciones del ilustre hijo de Suzana.

Atendiendo, en primer término, á las que se encuentran en los templos de nuestra ciudad, y de las que fuera imperdonable no hacer mención, hemos de enumerar las siguientes:

PARROQUIA DE SAN MIGUEL

Escasas y muy incompletas son las noticias que se hallan en el trabajo premiado, referentes á este suntuoso templo.

Todo el altar de San José, del orden corintio,

es obra del armador D. Benigno Moraza, y la pintura del mismo, así como la de las esculturas, débese á D. Matías de Torre, ó á su señor padre D. Josef, los íntimos colaboradores de Mauricio Damián Valdivielso. Basta observar este altar y los de Santa María para conocer en el estilo y en la factura la mano de idénticos artistas.

Debió construirse por los años 1794 á 1800, con destino al convento de Santo Domingo, siendo trasladado á Santa María en los comienzos de la primera guerra civil, al evacuarse dicho convento. En esta Iglesia se encontraba hace cincuenta y más años en la entrada de la Capilla de Santiago, á la derecha, y adherido al muro de la Catedral. De allí pasó más tarde, á San Miguel situándolo en la Capilla llamada de Mendivil, en el paño de la derecha del altar mayor, en donde continuó hasta que construida la elegante capilla en donde celebra sus cultos la popular Cofradía de San José, se exhibe en la actualidad.

Fuera de la contestura del armazón, tan sólida como elegante y artística, admirase en él la pintura, imitación de jaspes y mármoles en que sobresalieron muchísimo D. Josef y D. Matias de Torre, y un trono de ángeles que aparece en la hornacina, sirviendo de fondo á la escultura de San José, cuyo desnudo y cuyos paños, así como el de los dos angelitos, son admirables, aunque no tanto como el de los dos hermosísimos ángeles del coro de las Dominaciones que se hallan

en los laterales de dicho altar. Imposible más gracia y más delicadeza, más expresión y más finura que la que ostentan estas verdaderas joyas escultóricas. Su desnudo es la perfección suma y sus airosos y sutiles paños semejan moverse á impulso de suave é imperceptible céfiro, adoptando las formas más caprichosas y artísticas. El uno conserva en su mano izquierda el característico cetro de las Dominaciones, el segundo, no; pero á los dos, con escaso é imperdonable gusto, se les ha colocado en sus primorosas manecitas un compás y una sierra, atributos alegóricos de la profesión de carpintero que ejerció el Esposo de la Virgen. Estos ángeles, honran sobremanera, como concepción humana, al divino artista á quien glorifican y á los inteligentes cofrades de tal asociación que pueden estar orgullosos de ofrecer á su Santo Patrono la más acabada muestra del trabajo de talla que, en su género, se ha hecho en este industrial y laborioso país.

La mejor apología del altar de San José consiste en decir que teniendo un siglo de existencia no ha sido retocado por ningún artista, ni renovada su pintura, conservándose en estado floreciente como si fuera de construcción modernísima.

Procedente, también, de Santo Domingo, es otra escultura de San José, de tamaño natural, que se conserva en la Sala Capitular de la Parroquia de San Miguel. Lleva impresa en su fac-

tura la mano del inteligente Valdivielso y aun cuando los detalles del desnudo de la cara y del cuello, de los pies y de las manos, se parecen como una gota de agua á otra, á la anteriormente descrita, no resultan en ésta tan acabados los paños de la túnica y manto talar acusando al Valdivielso, no tan maestro, como en sus posteriores días.

No terminaremos esta descripción sin hacer público nuestro agradecimiento al virtuoso y docto Párroco D. Emeterio de Avechuco, á cuya galantería debemos el conocer esta última escultura y otros apreciables datos que ilustran la reseña que aquí terminamos.

NOTA. En el altar de Nuestra Señora de la Blanca, pueden ver los aficionados la escultura que la representa, y en los laterales, las de San Joaquín y Santa Ana, que fueron hechas por el último Santero de Payueta, D. Inocencio Valdivielso. (1)

(1) Este aplicado escultor, que tuvo su taller en la calle Nueva Fuera y después en el Portal del Rey, número 6, trabajó mucho en Vitoria después de la primera guerra civil. Durante parte de ésta vivió en el Castillo de Guevara, y allí modeló algunas esculturas que, es probable, quedaran en el pueblo de tal nombre.

Desde 1840 hasta su muerte, ocurrida en 1874, construyó, entre otras, las esculturas siguientes:

El San Prudencio que figura en el altar mayor del Hospicio; el San Prudencio que sale en la procesión que celebra el Ayuntamiento el día del Patrón de Alava; la imagen de la Blanca que sacan, por la mañana, en la fiesta del Rosario; el Cristo de San Vicente Paul, del Hospital; reformó el Cristo de la Cofradía del Sepulcro y retalló, en parte, el de la antigua parroquia de San Ildefonso (del que decía era mala escultura): hizo, para

Los ángeles del ático son también de D. Inocencio.

CONVENTO DE SAN ANTONIO

Otro altar completo del orden compuesto, bajo la advocación de San José, hállase en la última capilla lateral de la izquierda.

Quien ha visto y observado las construcciones de Moraza y la pintura de los Torres, no puede equivocarse al señalar la paternidad de esta obra. El San José que se destaca en la hornacina central es realmente notable y superior á los dos existentes en la Parroquia de San Miguel. Otra es, aquí, la actitud del Santo; contempla ensimismado al hermoso niño que tiene á su derecha: su rostro plácido y risueño y su tranquilo aspecto acusan una naturalidad envidiable; hay más cuidado y movimiento, más arte y delicadeza en el desnudo y en los paños, y aquel precioso niño, encanto de gracia, tiene, sin disputa, mucha de la que corresponde á los bienaventurados, si á éstos pudiera juzgárseles por su ve-

la Iglesia de Ciráunqui, todos los Pasos; para Murguía, una Purísima y dos mancebos de tamaño natural. Le encargaron también un San Pedro, cuyo modelo tomó del que se conserva en Elorriaga, hecho por su tío Mauricio.

Construyó igualmente las esculturas de Santa Isabel y Santa Ana (la Visitación), que existen en la 3.^a vecindad de la Correía, y con destino á pueblos de Alava, Logroño y Navarra, hizo varias imágenes de San Miguel, San José, San Roque, etcétera, etc.

Hacia mejor los Cristos que las ropas.

Noticias de su sobrino carnal D. Ambrosio Guillerna.—N. del A.

lleza material. (¡Lástima de aquella sierra que le han atado á la mano!)

Remata dicho altar en airoso y elegante ático, en cuyo centro y en orlado medallón aparecē pintada la imagen de la Virgen de Aránzazu, y bordeando la parte alta del medallón descuélgase artística guirnalda que sostienen con sus manecitas, á derecha é izquierda, dos angelillos, primores esculturales, para cuya descripción no halla calificativos adecuados nuestra inesperta pluma.

El conjunto del altar es severo, acrecentada su magnificencia por el exorno del orden compuesto, y los mármoles de las columnas y de los frisos son dignos de ser examinados por los inteligentes.

SANTA CASILDA

Hállase esta hermosísima imagen á la derecha del altar de San José, y basta observarla para comprender su mérito relevante. Créese que sea de Valdivielso, no lo aseguramos, teniendo sumo gusto en consignar que fué muy bien pintada, y gratuitamente, hace cerca de cincuenta años, por el acreditado artista vitoriano D. Juan Díaz de Arcaute.

HOSPICIO

Un Niño Jesús, llamado el Niño de la Bola, que se apoya en un globo, es digno de llamar la

atención por sus delicadas formas y soltura de los paños.

Regalado á este benéfico establecimiento, no es fácil comprobar su origen, si bien, atendiendo á la semejanza con otros y á detalles del gusto que caracterizó á D. Mauricio, opinan muchos, como nosotros, que es obra de Valdivielso.

EN ELORRIAGA

Además del retablo y del San Pedro de que se hace mérito, hay otra preciosa imagen de la Virgen, escultura acabadísima que tuvo, siempre, en gran estima, el inteligente y virtuoso presbítero D. Fernando Albizu (q. g. h.), cura que fué de dicho lugar.

ESCULTURAS PARTICULARES

DE DON MAURICIO VALDIVIELSO

Muchas son, como se afirma en el trabajo premiado y se corrobora en éste, las esculturas del inteligente escultor de Suzana que se hallan en oratorios particulares.

Las hay, especialmente Cristos, en Logroño, en Viana, en Treviño, en Peñacerrada, etc., etc., y en Vitoria los tienen, entre otros, la distinguida señora Doña Juana Díaz de Arcaute, viuda del Coronel D. José Soler, y nuestros amigos los señores D. Nicolás Ruiz de Munáin, D. Andrés

Arrilucéa y D. Eustasio Ezquerecocha, que nosotros sepamos.

Pasando por alto los correspondientes á las primeras y respetables personas indicadas, hemos de detenernos, y hacer una ligera descripción de las que posee el inteligente anticuario y curioso investigador, Sr. Ezquerecocha.

Tres son las preciosas esculturas, propiedad de este señor: un Cristo, y las imágenes de San José y de San Juan de la Cruz, todas ellas de relevante mérito. Aquel Cristo muerto, cuya longitud no excede de 0,40 metros, es el mejor de cuantos hemos visto, excepción hecha del de tamaño natural que existe en San Vicente, Capilla de los Pasos. La cabeza es digna de detenido estudio; los perfiles de la cara correctísimos, la expresión (si es que un cadáver puede tenerla), la propia de un hombre muerto, hay mucho idealismo-realista, si así puede decirse, en tal cabeza. El tronco y las extremidades son iguales, ó tal vez modelados con mayor esmero, del que se nota en el que se halla en Santa María, al frente del altar de La Dolorosa, y como éste, tiene un targetón con las inscripciones hebraica, griega y latina, en las que se lee «Jesús Nazareno, rey de los Judíos.» Descansa sobre un pequeño montículo que representa al Gólgota ó monte de la Calavera, y rastrea, circunvalando al madero, una serpiente que lleva entre sus aguzados dientes una manzana, símbolos, aquélla y ésta, de la eternidad y del pecado ori-

ginal. Una calavera, que apenas tiene el tamaño de una nuez pequeña, es el *desideratum*, en su género.

La estatuita de San José, tendrá de longitud 0,70 metros, y, fuera del tamaño, es exactamente igual al San José que existe en la sala capitular de la parroquia de San Miguel. Las ropas y el desnudo y hasta la pintura son admirables.

La que representa á San Juan de la Cruz, de igual longitud que la de San José, hace digno *pendant* con ésta. La cara tiene los mismos delicados perfiles que la imagen del Crucificado, que hemos reseñado, y en su mirada fija, absorta y contemplativa, descúbrese el misticismo amoroso que, hacia Jesús, tuvo este Santo é ilustradísimo varón. Mira fijamente al pequeñísimo Cristo que tiene en sus manos, y su actitud naturalísima, dota de gran mérito artístico á tal escultura.

El hábito que viste San Juan de la Cruz, dentro de una prudente sobriedad, está movido con gracia y exquisito gusto.

No puede negarse que D. Eustasio Ezquerecocha es persona entendida en las Bellas Artes; el cariño que profesa á tales esculturas, y la preferencia que las da, sobre una porción de valiosas antigüedades que se hallan en su domicilio, así lo demuestran.

Dignas son, en nuestro concepto, de que se conserven tan cuidadosamente, pues, por sí solas, bastan para testimoniar, en su autor, á uno

de los escultores más ilustres y al primero sin duda, que se ha conocido en este siglo en las provincias de Logroño, Burgos y Álava.

NOTA. Muchas más son, sin duda, las obras de Mauricio Damián Valdivielso, extendidas por las villas de alguna importancia, no siendo extraño que en Logroño, en Viana y en Calahorra (donde vivió algún tiempo), se conserven esculturas de este artista. Pero, no se olviden los rebuscadores de tales obras que Gregorio y Santos, padre y hermano de Mauricio, así como Pedro Lahidalga, su cuñado, trabajaron en igual época y en idéntico arte, y será fácil confundir las manufacturas, en conjunto, si no preside á su examen un análisis detenido y minucioso, ya que todos ellos, no siendo tan sobresalientes como Mauricio, fueron artistas notables que se estudiaron unos á otros procurando mejorar y perfeccionar las obras que salían de sus manos, inspirándose, en ocasiones, en los modelos de nuestro protagonista.

Débase, también, fiarse poco de documentos escritos, como recibos, actas, etc., que acrediten el percibo del coste de algunas esculturas, porque dudamos que los Valdivielsos citados supieran escribir (al menos, todos); no les suceda lo que á nosotros, que al inquirir en el Hospicio de Vitoria la fecha en que se acordó construir la escultura de San Prudencio, Patrono, creemos, de tal establecimiento, y el precio de la misma, nos encontramos con un recibo firmado por Ale-

jandro Valdivielso, del que parece deducirse que él fué el autor de la misma, siendo así que no pasó de ser un grosero aprendiz á quien apenas utilizaba su hermano, el verdadero escultor Inocencio, que hizo tal obra según se ha indicado en lugar oportuno.

IV

En verdad que, después de lo expuesto, sonríenos la satisfacción de haber delineado el marco en que pueda destacarse holgadamente la personalidad de Mauricio Damián Valdivielso, figura vaga y desconocida hasta la fecha, real y efectiva á partir desde la exhibición de sérios é importantes documentos que ponen, fuera de toda duda, el lugar y hasta la hora en que nació, así como el día y el año de su muerte.

Llenar, con acierto, el espacio que media desde 1760 á 1822, es labor tan difícil como interesante. Algo podrá intentarse, pero siempre quedarán lagunas en la vida de este artista, llamadas á servir de animada controversia entre sus admiradores. El admitir que este escultor, hombre brusco y de muy escasa ilustración, careció, no ya de rudimentarias enseñanzas, sino de otra más delicada y superior, hállase en pugna con la delineación vigorosa de sus esculturas y bajo relieves, con el gusto impreso en ellas, con la perfección asombrosa de sus desnudos, observada en los Cristos, y con la airosa y artística *mó-*

vilidad de los paños de sus hermosos ángeles, rasgos todos, de un verdadero génio, que no caracterizan á Valdivielso, ya que éste, se ofrece á nuestra consideración, como un artista laborioso, discreto, sobresaliente—si así quiere apellidársele,—aventajado sobre muchos de los que, siendo sus contemporáneos, trabajaron en Madrid, Murcia y Sevilla, pero, sujeto siempre, á las leyes de una moderada discreción manifiesta en los ligeros defectos y lunares que acompañan á varias de sus más reputadas obras.

Pero, para conseguir esto, que no es dable alcanzar mas que á los elegidos, ¿en dónde se educó? ¿de quién recibió sus primeras lecciones? Mauricio recibió la instrucción elemental del arte, de su propio padre, y las Academias que le sirvieron, en su mocedad, para educar su inspiración y ensanchar los vuelos de su privilegiada fantasía, debieron ser el Monasterio de Oña y la Catedral de Burgos. Artistas ambulantes, Gregorio y sus hijos, es muy probable que, en sus escursiones, descansarian en Oña, villa nativa de Gregorio, en la que, las afecciones familiares y su particular amistad con los individuos de la orden religiosa que tenía su residencia en dicho Monasterio, le indujeran á observar profundamente y con detenimiento los cuadros y esculturas de tan célebre Santuario, en donde—ó entre las envidiables filigranas que atesora la histórica Catedral de la *Caput Castellæ*,—debió encontrar los típicos modelos que sirvieron de patrón

para sus obras. ¿Quién no ha observado la semejanza que ofrecen todas las cabezas de las esculturas que representan á San Isidro, San Judas, San José y Fernando III el Santo?

La igualdad en el corte de la barba, la finura de la boca y de la nariz, la despejada frente, el corte idéntico de las facciones, no acusan á un modelo único del que Valdivielso vivió constantemente enamorado? (1) Prescindiendo del mérito de tales esculturas que, para nosotros, está en razón directa del orden con que las enumeramos, fácil nos es asegurar que dicho modelo existió, bien en los puntos que citamos ó en otros que visitaron ambos artistas, sucediendo, cosa parecida con los serafines y ángeles del coro de las Dominaciones que tanto abundan entre sus desperdigadas obras.

Suspendamos tales deducciones y ciñámonos al opúsculo premiado. Hecho éste á vuela pluma, según confesión de su autor, debe descartarse de él la industria alfarera que se supone existió

(1) Esta observación nos confirma al Valdivielso ilustrado, recordando la recomendación que hace Palomino á los principiantes: «El principiante en el dibuxo de las estatuas, ó modelos de proporcionado tamaño, habiendo copiado varias estampas de las más selectas, como las Galerías de Anibal, de Rafael, de Cortona, Lanfranco, etc., entrará dibujar por el natural desnudo, valiéndose de las especies de la buena simetría, hinchazón y valentía de contornos, que tendrá observado en las estatuas y obras referidas, por que no siempre se encuentra el natural tan robusto y proporcionado como es menester; y en pegándose á él demasiado, suele pecar de seco y mezquino el dibujo: y esto (hágase) ó bien en el retiro del estudio—si no hubiera Academia donde se hallare,—ó bien sea en ella cuando la hay.»

en Payueta, y de la que, ni antes ni ahora, se tienen los menores vestigios (1): merece conservarse la tradición de la histórica maceta, para acreditarle de verdadero escultor, antes de su supuesto viage á Madrid, siendo digno, también, de figurar el diálogo sostenido con el extranjero admirador de la estatua de San Judas, que escuchamos de labios de diferentes personas, y no sentimos que su nombre aparezca excluido de la lista de aquellos honrados y laboriosos artesanos que solicitaron, con afán, de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País la reinstalación de la Academia de Bellas Artes en esta ciudad, porque, no creemos,—como el autor admite,—que Valdivielso estuviera ausente de Vitoria en aquella época, inclinándonos mejor, á la opinión, de que no siendo oriundo de esta provincia, aunque estuviese aquí avecindado y en el apogeo de su fama, aquella instancia y los excelentes deseos indicados en la misma correspondían hacerlos, única y exclusivamente, á los industriales vitorianos amantes de su pasado y entusiastas por el porvenir de su querido pueblo. Extraño es, sin embargo, el ignorar á quién se deban las inscripciones de Valdivielso, Moraza y Torre, que con gusto leemos en los targetones del salón elíptico de la Escuela de Artes y Oficios, y cuya plausible ocurrencia tuvo indudable origen en la discrección y agudo

(1) Hemos oído hablar de una fábrica de ladrillo cocido que debió existir en Montoria á principios de siglo.

entendimiento de algún contemporáneo de Mauricio, competente admirador del mérito de sus obras.

Subsánase, también, con la partida de casamiento de Mauricio, el supuesto celibato de que se habla en su bosquejo biográfico, quedando solo, como rasgos característicos de tan ignoto personaje, la ruda franqueza de su peculiar modo de ser, su indumentaria, (propia entonces de mucha gente de la clase ínfima y aun acomodada), y sus obras, viva realidad de su indiscutible mérito, en honor de las cuales debe escribirse mucho y con más acierto é idoneidad de la que nosotros poseemos.

Juzgamos ciertas las noticias expuestas acerca de las obras (1) que se le atribuyen, y que se enumeran y describen en éste y en el anterior trabajo: á nuestra disposición hemos tenido — gracias al antiguo y probo contador de la Cofradía de San Isidro, D. Victor Arrázola, — los libros de la misma que hojearnos con placer para convencernos, tras penosa lectura, de que las cuentas de tal cofradía, correspondientes á los años 1763 y subsiguientes hasta 1840, se han perdido, desapareciendo, con ellas, los recibos en que se hiciera constar las cantidades percibidas por la imagen de San Isidro, retoque de la de Santa María de la Cabeza y construcción de los ocho angelitos que adornan los ángulos de las andas. En ellos aparecería el nombre y la firma

(1) Descartadas las sillerías.

de Mauricio, aun cuando la representación de tales obras figurase á cargo de D. Josef Torre, padre, creemos, del citado D. Matías. Pero, lo sucedido á esta Cofradia es facil que no ocurriera en las de *La Soledad*, de *Las Animas* y de San José, y, rebuscando, se han de hallar documentos que patenten la legitimidad de las esculturas que poseén, inscriptas en sus respectivos inventarios. Además, la tradición de las obras de Valdivielso no se ha perdido afortunadamente, conservóse entre los padres de los actuales artistas vitorianos y éstos, á ojos ciegos, conocen y detallan cuanto salió de las manos del escultor de Suzana, porque, en tales producciones, obsérvase un precinto especial que impide confundir la factura de éstas con las que ofrecen sus similares de mayor ó menor antigüedad.

Sensible es, por lo expuesto, que el erudito autor de tema tan interesante, se haya equivocado, al denominar alavés á un castellano, y nos apena, el no poder conceder á Mauricio Damián Valdivielso la exclusiva en el sobrenombre de «Santero de Payueta,» ya que con iguales ó mejores títulos, puede adjudicárseles éste, á su cuñado D. Pedro Lahidalga y á sus hijos Ulpiano y Santiago, quienes, sin interrupción, vivieron en aquel lugar que forma parte del Ayuntamiento de Peñacerrada. Mas, detalles son estos, que no alteran ni desvirtúan la integridad y el interés del estudio objeto de estos apuntes, ya que otra, y muy laudable, fué la intención del dis-

tinguido literato y MANTENEDOR de la fiesta en que se juzgó el trabajo á que aludimos. Nuestros sinceros deseos de ser útil y de cooperar al feliz resultado de tan fecunda iniciativa, impulsáronnos á secundar tan nobles propósitos, lamentando no poder ofrecer, á clásico tan discreto, otra cosa que este desordenado y antiartístico ramillete en el que apenas se destaca alguna que otra flor, cuyos tornasolados aunque marchitos matices, sirven de pálido testimonio á nuestro innato é insaciable deseo de aprender.

Se dice muy bien, en el preliminar del trabajo laureado, que la casualidad supera, en ocasiones, á los esfuerzos de los curiosos y de los eruditos, y, al menos por esta vez, hemos de mostrar nuestra conformidad con tal aserto. Nunca pudimos creer que tratándose de un escultor alavés (?), conocido en esta provincia y especialmente en la capital, por *El Santero de Payueta*, su partida de bautismo expedida en el lugar de donde se le suponía nativo, no respondiera á lo que legítimamente puede y debe esperarse de tan respetable documento; averiguaciones posteriores—debidas á esa casualidad que mencionamos,—dan un resultado tan opuesto como inesperado. Y, cábenos la satisfacción de haber hecho algo fructuoso y de relativa utilidad, procurando confirmar la existencia de este controvertido personage que, por medio de su habilidad manual y de su honroso trabajo, logró alcanzar desahogada posición social, atestiguada

por los apellidos de las personas que concurrieron á su boda, por la dispensa de moniciones para la misma, que en aquellas épocas era un verdadero lujo, y aun por la suntuosidad de los funerales y exequias fúnebres que se le tributaron á raíz de su fallecimiento. (1)

(1) Muerto Mauricio Damián Valdivielso, en 14 de Marzo de 1822, continuaron María Randez y sus hijos en esta ciudad. En vano Pedro, el hijo mayor y el único varón, quiso continuar las tradiciones de su padre y seguir, en su taller, la honrada y dignísima huella que su antecesor supo trazarle. Pedro Valdivielso fué un escultor muy mediano, el génio de su padre terminó con su vida, y si como herencia pudo dejar á su familia un puñado de pesetas, mayor ó menor, su arte y su habilidad perdiéronse para siempre. Su hijo primogénito se educó en los bancos de aquél, manejó las mismas herramientas, y solo, ó asociado con su primo carnal Inocencio, vió desaparecer paulatinamente el crédito heredado. Algunas esculturas hizo, sin mérito alguno, y para probar que su ilustre apellido, alcanzó merecida confianza, baste recordar que la Exema. Diputación le encomendó la construcción de la imagen de Nuestra Señora del Rosario, que había de sustituir á la Virgen de la Esclavitud, encargo que cumplió Pedro Valdivielso haciendo una escultura deforme, especie de mamotreto sin el menor artificio, la cual, colocada en el célebre altar del Cristo, de la Colegiata, figuró en él muy poco tiempo, pues, los devotos asiduos á Santa María, hicieron mofa de tal escultura apellidándola «la aldeana,» y tal influencia ejerció el pueblo sobre el mal gusto que predominaba en la obra del hijo de Mauricio, que el mismo Cabildo acordó retirarla de la veneración de los fieles, y hoy se conserva en el almacén de efectos sobrantes é inservibles. Acudan allí los inteligentes y confesarán la razón que asistió al vulgo vitoriano para pedir el retiro de tal armatoste.

Un San Marcos, que se venera en la 3.^a vecindad de la Cuchillería, obra es, también, de éste y algo mejor.

María Randez, viuda de Mauricio, prolongó sus días hasta los años 42 ó 44 de este siglo, y desde esta época vivieron juntos Pedro, Gregoria y Prudencia, los tres hermanos, en la calle de la Cuchillería, número 16, (antes 14), atendidos, más que á las exiguas ganancias de Pedro, á las que á Gregoria le producian su profesión de modista, muy acreditada, en cuya casa se vis-

No hemos de repetir, al llegar al final de estas adiciones, la sarcástica exclamación de ¡ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA! refiriéndonos á los equivocados y erróneos pasajes que se han deslizado en las páginas del trabajo premiado: nos consta

tió la aristocracia femenina durante los decenios del 35 al 45 y 55, en que debió ocurrir su muerte.

La hermana menor, Prudencia, casó en Vitoria con un riojano, industrial ambulante que exhibía en la ciudad y en las villas un cosmorama, y murió en Logroño, sin que sepamos la fecha.

Pedro, el mayor, trabajó asociado con su primo Inocencio Valdivielso y con el hermano de éste Alejandro, en el Portal del Rey, número 6, (no el 4, como anteriormente se ha dicho) si bien Pedro se constituyó en auxiliar de Inocencio y Alejandro apenas si sirvió de mediocre ayudante ya que fué nula ó muy escasa su disposición de artista.

Pedro Valdivielso murió en Logroño, en 1870 á 71. pasando sus últimos años haciendo imágenes que rifaba, y su primo Inocencio falleció en Vitoria en 1874.

No existe en la actualidad otro superviviente allegado de los famosos Santeros, mas que Ambrosio Guillerna y Valdivielso, que vivió con sus parientes algún tiempo, y que hace cuarenta y tres años trabaja en la acreditada fábrica del Sr. Léonard, quien, honradamente, conserva la hermosa tradición de sus inteligentes padre y abuelo (el famoso Tornero Francés), abriendo sus puertas y sosteniendo en sus bien montados talleres á operarios que llevan más de medio siglo en los que, sin disputa, son de los mejores de Vitoria y de los que más honran á esta culta población.

Este modesto y muy ilustrado obrero, (á quien de joven llamaron *El Santerillo*, y no falta, todavía, quien le apellide *El Santero*), es hijo de Teodoro Guillerna y de Maria Cruz Valdivielso, hija ésta, á su vez, de D. Santos Valdivielso, hermano menor de Mauricio.

D. Inocencio, fué hijo de D. Santos, y á su lado, en Vitoria, aprendió el arte de su padre, abuelo y tío.

Raras son las noticias que se tienen de las obras del hermano de Mauricio, solo se sabe que en el molino del Franco (Treviño) llamado *El Molinacho*, hay esculturas de este ignorado artista, que fué tan aventajado como Inocencio.

Noticias que debemos y agradecemos muchísimo á nuestro particular amigo D. Ambrosio.—N. del A.

que la mejor buena fé ha imperado desde su comienzo hasta la terminación, y como nobleza obliga y se me otorga la representación de mis colaboradores, declaro, en nombre de éstos y en el mío, que jamás ha podido distraernos tarea más honrosa y predilecta hecha desinteresadamente y en obsequio de nuestros amigos y paisanos.

Sin otras fuentes de conocimiento que la partida de bautismo: con la enumeración de las obras atribuidas á Mauricio, labor especial del acreditado artista D. Epifanio Díaz de Arcaute, y, en parte, del inteligente profesor D. Pedro Robles y del laborioso é ilustrado ebanista don Nemesio Iturralde, y con aisladas referencias, cuyo desgraciado éxito nos impide nombrar á las respetables personas que nos las comunicaron, se inició el folleto premiado, y con datos, más auténticos, confeccionóse este *Post Scriptum*, que no tiene otra virtud mas que la que se deduce de la novedad y de su originalidad innegables.

No conocemos impreso ni obra que se ocupe del escultor castellano Mauricio Damián Valdivielso, y, sin ánimo de ofenderle, creemos suceda lo propio al docto autor del tema XIII.º No tenemos noticia de que en Vitoria, ni en Álava, se haya escrito el apellido Valdivielso, mas que para llamarle *El Santero de Payueta* y unirle, escuetamente, á alguna de las esculturas que se le atribuyen: en vano consultamos, además de la hermosa obra (propiedad que fué de Mauricio), de D. Antonio Palomino de Castro y Velasco,

los modernos é importantes Diccionarios enciclopédicos hispano-americano, de literatura, ciencias y artes editado por Montaner y Simón, en 1892; 24 tomos; el geográfico, estadístico, histórico, biográfico, postal, etc., etc., de España y de las posesiones de Ultramar, publicado en Barcelona, bajo la dirección de D. Pablo Riera y Sans, 1886 (doce tomos en folio); el ídem, también enciclopédico, de D. Nicolás María de Serrano, 1881; el Geográfico histórico de las Provincias Vascongadas y Navarra, y el enciclopédico de artes y literatura, dirigido por D. Delfín Donadío y Puignan, editado en Barcelona por la conocida casa de Espasa y Compañía, y en tan acreditadas obras, que sintetizan la actual ilustración de España, así como en modernos estudios acerca de nuestros artistas correspondientes al siglo pasado y presente, no hay una sola línea, ni una palabra siquiera, que se relacione con el obscuro é ilustre artista á quien tantas veces nos hemos referido.

El primer apuntamiento—como diría Palomino,—de la vida de Mauricio Damián Valdivielso, nos corresponde de derecho; *el perpetuarlo en la prensa*, en su calidad de olvidado conspícuo, obra es, también, que nadie osará disputarnos.

El trabajo está concluso: apuntadas quedan las fuentes de conocimiento que utilizamos, y, en lugar oportuno, se exponen las que quedan vírgenes, como materia explotable, á fin de que los curiosos y los realmente eruditos (que no faltan

en este país), completen el estudio que, con todas sus dificultades, acogió el Ateneo científico, artístico y literario, de Vitoria, concediéndole un huequecito, é invitando «*A los poetas y escritores de la tierra EUSKARA y demás regiones de la Patria Española,*» á pulsar la lira, á los unos, y á escribir libremente, á los otros.

A los que nos dirigimos, ¡qué decirles!: nos faltan palabras. Nada mejor que copiar el último párrafo del Cartel de los Juegos Florales, y hacer nuestra su elegante exclamación:

«Que Dios inspire á los poetas é ilumine á los escritores para enaltecer la literatura Nacional; y dé al Jurado (si para nuestro propósito se establece), discreción al calificar y acierto en premiar á los más dignos.»

Que así sea.

Juzguen otros el curiosísimo prólogo de don Epifanio Díaz de Arcaute y su buena intención al escribirlo, reservándome yo, en nombre de éste y en el de mi querido hermano político D. Moisés Díaz de Arcaute, la grata misión de hacer público el reconocimiento de ambos al ilustrado y competente Jurado calificador que, atento, más á la benevolencia que al insignificante mérito del opúsculo sometido á su examen, se ha dignado ensalzarlo en encomiásticas frases, y proponerlo, ante el Jurado general, para la más alta y apetecida recompensa.

Eulogio Sordán.

Vitoria 2 de Septiembre de 1899.

LA ROMERÍA

DE

SAN ANTONIO DE URQUIOLA







